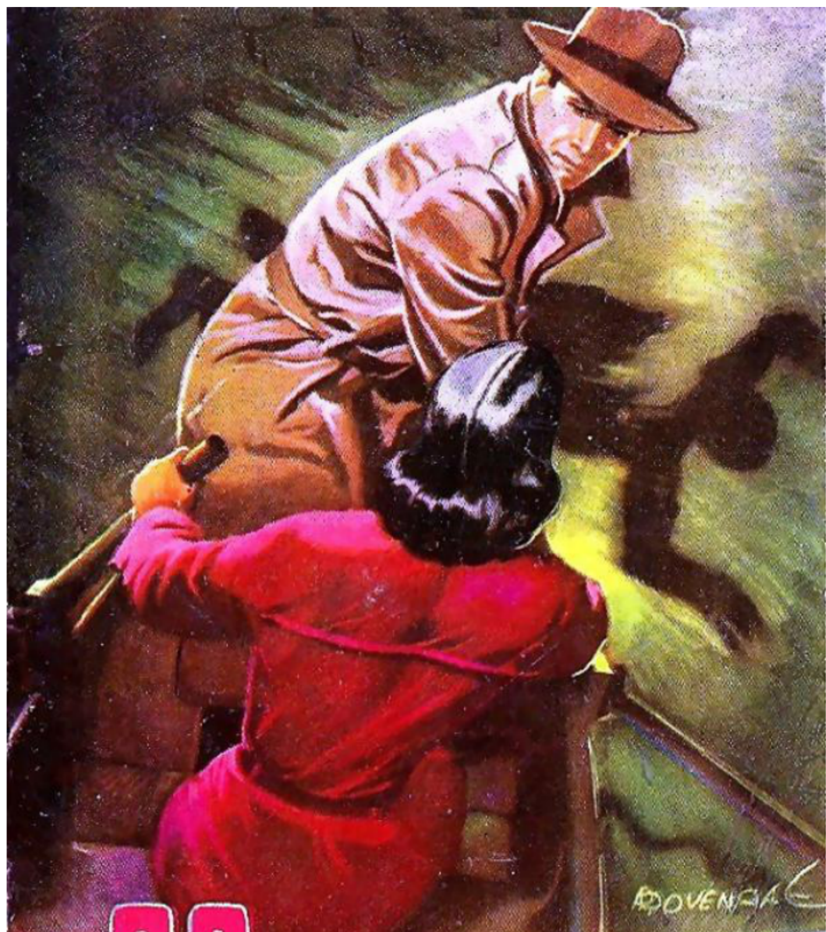


SS

SERVICIO SECRETO

KENT MILLER

SANGRE EN EL DANUBIO

KENT MILLER

SANGRE EN EL DANUBIO

1ª EDICIÓN
SEPTBRE. - 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

15 — La libélula de cristal. 19 — El gas R. 650. 21 — La honda mortal. 33 — El amuleto de Kali. 42 — Llamada al amanecer. 45 — Los diablos de Wakefield. 51 — ¡Sabotaje!. 55 — Bautismo de sangre. 59 — Tela de araña. 65 — Tráfico criminal. 72 — Acción en Oriente. 112 — Pacto mortal. 116 — La legión diabólica. 125 — Los buitres del Támesis. 133 — Okinawa, paraíso sangriento. 141 — El infierno flotante. 145 — ¡Traición!. 154 — Cerco de fuego 162 — Reto a la muerte.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 - Barcelona

SANGRE en el DANUBIO



POR KENT MILLER

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre de la barba gris que se cubría con una gorra de viaje, a cuadros, se revolvió inquieto en su asiento. En el exterior, la obscuridad era profunda y ello revelaba que el convoy estaba cruzando un paraje desierto. La viajera que ocupaba el asiento frontero continuaba abstraída en la lectura. Sin embargo, en varias ocasiones había sorprendido su mirada examinándolo con sospechosa curiosidad. El otro viajero, el hombre que se había refugiado en un rincón junto a la entrada, después de bostezar ostensiblemente se había quedado dormido. Incluso en el compartimiento vecino había cesado el rumor de voces y todo hacía comprender que sus ocupantes se habían entregado al descanso. Sin embargo, el hombre estaba intranquilo. Experimentaba la desagradable sensación de saberse vigilado y no se le ocultaba el alcance que ello podía tener. La mujer que le dirigía rápidas y furtivas miradas, el mismo joven que dormitaba junto a la puerta, los dos individuos con aire de perros de presa que de vez en cuando veía pasar por el hueco de la puerta de acceso al vagón, todos contribuían a exacerbar su nerviosismo y a robarle sus últimos restos de tranquilidad.

Pasóse una mano por la frente y la retiró empapada de sudor. No era que allí el calor fuera sofocante, su misma angustia provenía, a no dudar, de la desazón que le causaba el saberse vigilado.

Consultó por centésima vez la esfera del reloj de bolsillo. Faltaba poco más de media hora para las once. Las manecillas movíanse con una lentitud desesperante, como si una fuerza invisible se empeñara en impedir su avance por el círculo de esmalte. Hasta las once y veinte no llegaría el tren al cruce de Ulbach. Allí debía aminorar la marcha ofreciéndole la oportunidad de librarse del objeto que le mantenía en una tensión y zozobra constantes. No tenía que hacer más que saltar del convoy en marcha y buscar, en la obscuridad un

viejo molino, donde estaría aguardando la persona que debía recibir el envío. Unas palabras a modo de contraseña y para él habría terminado la misión al hacer entrega del abultado cinturón que rodeaba su cuerpo. Otros se encargarían de continuarla hasta llegar a feliz término; pero entretanto, debía sortear la impaciencia y la angustia de, aquellos sesenta minutos.

Se puso en pie y su gesto fue seguido de una mirada interrogadora de la mujer. El de la barba gris la clasificaba en una categoría muy por encima del resto de las mujeres que había tratado. Era relativamente joven, alta y distinguida. No le hubiera sorprendido saber que se trataba de una mujer de la antigua nobleza. Sin embargo, no por ello la situaba fuera del círculo de personas sospechosas que creía ver moverse en torno suyo.

Pasó ante ella sin mirarla siquiera y salió al pasillo. Dos sombras se destacaban en la penumbra de uno de los extremos. Indudablemente, allí estaban, los dos perros de presa atentos a cada uno de sus movimientos. No cabía duda que aguardaban la oportunidad, para saltar sobre él y eliminarlo con la mayor sangre fría.

Consultó de nuevo el reloj. Las manecillas señalaban ahora las once menos veinte. La mayor parte de los viajeros se habían entregado al descanso y a cada instante era mayor el peligro que se cernía sobre él.

Encendió un cigarrillo y asomóse a la ventanilla. Trataría de ganar tiempo hasta donde le fuera posible. Incluso comenzó a considerar la posibilidad de que tuviera que saltar del convoy en marcha antes de llegar al lugar previsto. Todo antes de que lo cazaran allí, en el tren, sin una sola probabilidad de salvación.

Arrojó por la ventana el resto del cigarrillo y regresó al compartimiento. Entonces se apercibió de que el joven que dormitaba, en un rincón se había incorporado y salía al corredor. Se hizo a un lado para dejarle paso, pero el joven se le acercó resuelto.

—¿Podría ofrecerme un fósforo, por favor? —le preguntó al tiempo que le mostraba su cigarrillo apagado, con expresivo ademán.

El hombre se detuvo, desconfiado. Miró al muchacho, fijamente, intentando adivinar sus posibles intenciones. Luego sacó del bolsillo un encendedor y pronto la llama brilló en la penumbra del pasillo.

Acercó el mechero al cigarrillo del desconocido.

—Tenga cuidado —dijo entonces su interlocutor, en voz baja—. Están vigilándole desde dos o tres puntos diferentes.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el de la barba gris, fingiendo sorprenderse—. No sé de qué me habla.

—No importa. Tengo por misión el protegerle y debo prevenirle del riesgo que corre. Falta poco para llegar al cruce. Salte rápidamente y ya me las compondré para contener a esos tipos que están al acecho.

—¿Quién es usted?

—Harry. Y no pregunte demasiado, que va a despertar las sospechas de esos dos pájaros.

Dio unas chupadas al cigarrillo y llevó una mano al borde del ala de su sombrero, como dándole las gracias. Seguidamente se dirigió a la misma ventanilla que el otro acababa de abandonar.

El hombre continuó hasta su departamento. No le gustaba el cariz que presentaba el asunto. Aquel Harry lo mismo podía ser un amigo que un cómplice de los que con tanto ahínco iban siguiendo sus pasos. Sin embargo, ¿cómo era que conocía sus proyectos de apearse en el cruce de Ulbach y qué fin perseguía al brindarle su protección?

Decidió abandonar el tren a la primera oportunidad. Prefería correr el riesgo de romperse una pierna saltando en la obscuridad a que lo arrojaran sus enemigos después de haberle clavado un cuchillo en la espalda. En la campiña austríaca no le sería difícil hallar ayuda. Por otra parte, el cruce de Ulbach no quedaba muy alejado de allí y antes de que amaneciera, si la suerte no le volvía la espalda, podría haber llevado a término su difícil misión con toda felicidad.

Tomó su pequeño maletín de viaje y se dispuso a abandonar el departamento. La dama enfrascada en la lectura apenas si demostró percatarse de su intención.

El misterioso Harry continuaba en la ventanilla oteando la obscuridad del exterior. Se volvió un instante para mirarlo, más pronto continuó con su ocupación.

Entonces se apercibió de que los dos individuos iniciaban con precaución un ligero avance. Comprendió que sospechaban de sus intenciones y que no podía desperdiciar un solo segundo.

Abrió la puerta que daba a la plataforma y echó el pestillo para mejor retrasar la acción de sus perseguidores. A través del cristal vio cómo se acercaban, corriendo, más antes de que llegaran a dónde estaba Harry este encaróse con ellos esgrimiendo una pistola.

En aquel momento un brazo surgiendo de las tinieblas rodeó su cuello y al mismo tiempo sintió un objeto duro clavarse en su costado.

—¡No te muevas o eres hombre, muerto! —habló una voz a sus espaldas.

Comprendió que el número de los que acechaban era mayor de lo que jamás imaginara. No se movió, pues, adivinando la suerte que podía correr si se resistía. Tal vez su misterioso protector podría aún librarle del apuro, en el caso de que sus intenciones no coincidieran con las de la pandilla de malhechores.

A través del cristal lo vio obligando a los dos individuos a entrar en el departamento. La mujer salía de allí, asustada, y se dirigía hacia la plataforma donde se encontraban en aquel momento.

—Corre el pestillo —le ordenó su aprehensor.

No tuvo más remedio que obedecer. Ignoraba lo que pretendía ni qué intenciones le guiaban al proceder en aquella forma. No obstante, no tuvo que esperar mucho más.

La mujer salió a la plataforma y como si ya esperara encontrarse con aquella escena, se detuvo ante él.

Entonces su sorpresa no tuvo límites. Tanteó su cintura y con singular habilidad le despojó del ancho y pesado cinturón donde guardaba el objeto de tantos sinsabores.

—¿Cómo sabías? —preguntó el que le tenía inmovilizado.

La viajera dejó escapar una risita apagada en la que vibraba la satisfacción que aquel éxito le producía.

—Lo advertí al ver cómo tanteaba continuamente su cintura.

La presión del arma contra su costado dejo de percibirse. Adivinó que había dejado de interesarles y que ahora su empeño se reduciría a quitarlo de en medio. Por ello se dispuso a luchar con, todas sus fuerzas.

Mas en el mismo instante, un fuerte golpe en la nuca propinado con la culata del arma con que poco antes le amenazaran se adelantó a su intención, privándole del conocimiento.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el hombre, mientras

sostenía el inanimado cuerpo entre sus brazos.

La mujer guardaba en aquellos momentos el ancho cinturón en el mismo maletín de viaje que el de la barba gris sacó del compartimiento.

—Arrojarlo a la vía —respondió tranquilamente—. Y debemos apresurarnos antes de que esos sabuesos se den cuenta de lo que ocurre. Me temo que la policía anda metida en esto.

Abrieron la portezuela y el cuerpo del inconsciente viajero fue lanzado al vacío. Luego los dos misteriosos personajes pasaron al vagón contiguo y se alejaron del lugar donde acababan de cometer su agresión.

Entretanto, en el departamento que poco antes abandonara la mujer tan precipitadamente, tres personas mantenían una tensa actitud de espera. De espaldas a la puerta de acceso y apoyado en ella, el llamado Harry vigilaba los menores movimientos de los dos personajes a quienes poco antes obligó a entrar allí. Los dos sujetos, de mirada torva y maligna catadura, se hallaban en el extremo opuesto del largo asiento de madera. No apartaban los ojos del arma que les amenazaba y adivinábase en la siniestra expresión de sus facciones que el menor descuido del joven lo aprovecharían para saltar sobre él y eliminarlo sin contemplaciones.

Su aprehensor parecía contar mentalmente los segundos de la espera. A intervalos regulares dirigía rápidas miradas a su reloj. Era indudable que consideraba el tiempo transcurrido desde la salida del personaje de la barba gris, protegiendo con ello su posibilidad de abandonar el convoy en marcha.

Habían transcurrido cerca de diez minutos cuando, sin dejar de apuntar a los dos malhechores, Harry abandonó el compartimiento situándose a un lado de la puerta. Desde allí obligó a sus prisioneros a salir. Éstos le dirigieron una mirada de rabia que nada hacían por disimular, y se alejaron hacia la extremidad opuesta del vagón.

No bien hubieron desaparecido volvió a entrar en el departamento y recogió su gabardina. Se dio cuenta de que la mujer había dejado olvidado el libro que leía al ser sorprendida por la irrupción de los dos sabuesos. Lo hojeó rápidamente, descubriendo una carta entre sus hojas.

Tratábase de una misiva dirigida a la condesa María Steiner. Instintivamente se apoderó de ella y la aguardó en uno de sus

bolsillos.

Cuando salió de nuevo al corredor ya no vio ni rastro de los dos hombres. Recorrió el convoy de un extremo al otro sin descubrirlos por parte alguna, ni siquiera a la mujer que viajaba en el mismo departamento que el hombre de la barba gris.

Entonces le asaltó la sospecha de que pudiera tener relación con todos ellos.

Sacó la carta y la examinó más detenidamente. Estaba fechada en Gratz y la firmaba un tal Oswald. Su contenido se reducía a unos pocos renglones de escritura bastante defectuosa:

> «Esperaré en Gratz el miércoles, día 7, a las seis de la tarde, en el "Café Suizo". Wanzel goza de buena salud y tiene muchos deseos de vernos».

Guardó la carta y por espacio de unos minutos quedó reflexionando. Luego tomó una hoja de papel y escribió en ella unas líneas. La incluyó en un sobre y la entregó a uno de los empleados para que la depositara en el coche correo del convoy.

Tenía proyectado apearse en la primera parada del convoy; no obstante, al darse cuenta de que en el cruce de Ulbach el tren aminoraba la marcha, decidió arriesgarse.

Saltó aprovechando la circunstancia de estar atravesando unos campos de labor. Rodó por un ligero desnivel hasta que unos matorrales detuvieron su caída, más bien pronto se incorporó.

Necesitaba comprobar si el hombre de la barba gris había conseguido su propósito. Para ello nada mejor que ir en busca del molino donde debía celebrarse el encuentro con quienes lo estaban aguardando. Si al amanecer no se había presentado, entonces habría llegado el momento de recorrer aquella comarca hasta averiguar lo que había sido de él.

Aguardó a que el tren se hubiera alejado y cuando vio el ondulante rosario de amarillentas luces desaparecer en la lejanía, se incorporó y se encaminó hacia un pequeño bosquecillo que se distinguía a poca distancia de donde se hallaba.

De pronto un disparo resonó en la obscuridad. Vio el fogonazo brillar entre unos arbustos, unos metros a su izquierda. Sintió un agudo dolor en el hombro y se lanzó a tierra, más antes de que

hubiera conseguido su propósito un fuerte golpe en la cabeza le hizo perder la noción de cuanto le rodeaba.

Unos instantes después dos sombras surgían del lugar del que partiera la agresión.

—Anda con cuidado —dijo una voz cuyo acento delataba su procedencia extranjera—. No vaya a tratarse de una estratagema y termine cazándonos como a dos ratones.

—No temas —respondió su acompañante—. No acostumbro fallar dos disparos seguidos. Además, no le daría tiempo si quiere hacernos objeto de alguna jugarreta.

Se aproximaron al cuerpo del agente; brotó un haz luminoso que fue a proyectarse sobre la cabeza del inconsciente Harry.

—Con eso ya tiene bastante —habló mostrando al otro la sangre que manaba de la frente—. No hay peligro de que vaya a despertarse.

Se arrodillaron junto al caído y le dieron la vuelta para mejor examinar sus facciones.

—No parece el tipo de que nos han hablado —comentó el de más edad—. Éste no lleva barbas y parece más joven de lo que creíamos.

—Lo de la barba pudiera muy bien ser un disfraz.

—No importa. Lo que hace falta es hacernos con las joyas. No perdamos tiempo, no vaya a ser que aparezcan sus amigos.

Registraron cuidadosamente los vestidos de Harry. Al terminar los dos hombres se miraron, un tanto perplejos.

—¿No será que nos hemos equivocado de personaje?

—¿Y quién, sino él, iba a lanzarse desde el tren en marcha? No hemos visto que nadie más lo hiciera.

Pusiéronse en pie a un tiempo y por espacio de unos segundos guardaron silencio con la mirada fija en el cuerpo inanimado que se hallaba tendido a sus pies.

—Sea quien sea es preciso deshacernos de él —habló al fin uno de los dos—. Esperaremos a que nos den nuevas órdenes.

—Podemos dejarlo aquí.

Hubo una breve pausa. Luego, la voz del que había disparado declaró:

—Estamos muy cerca del río y será preferible arrojarlo en él. En el Danubio ya no sorprende que en sus aguas aparezcan flotando

cadáveres.

Su cómplice murmuró algo entre dientes. Apagase el haz de la linterna y ambos se agacharon para coger el cuerpo de su víctima.

Unos segundos más tarde se encaminaban hacia el río cuyas obscuras y silenciosas aguas iban, a servir de sudario al hombre que por una inexplicable confusión abatiera el plomo de sus pistolas.

CAPÍTULO II

La puerta del despacho del coronel Nutton se abrió y la recia y varonil figura de un soldado de las fuerzas de ocupación en Austria se recortó en el hueco obscuro del umbral.

—La señorita Zylah ha llegado, coronel —anunció cuadrándose militarmente—. Si lo desea le diré que pase.

El coronel, que en aquellos momentos terminaba de redactar un informe, levantó la vista de su trabajo y la fijó en el joven que le hablaba.

—Dígale que pase, Benson.

La puerta se cerró de nuevo tras haber saludado el muchacho. Más solo fue por unos segundos. Al cabo se abrió para dejar paso a una mujer joven vistiendo el uniforme de las Fuerzas Auxiliares del Ejército.

El coronel Nutton, a pesar de tratarse de un subordinado, como caballero que era, se levantó y salió al encuentro de la muchacha que se acercaba a la mesa de trabajo, un poco cohibida por aquella llamada que no esperaba.

—Buenos días, señorita —saludóla, mientras su semblante se iluminaba con una cordial y amplia sonrisa—. Le agradezco la diligencia en acudir a mi llamada. ¿Quiere sentarse, por favor?

La muchacha agradeció la deferencia de su superior con una atractiva sonrisa y aceptó la invitación que le hacía. El coronel Nutton volvió a su puesto tras la mesa y con gesto distraído ordenó algunos papeles que allí había. Luego sacó de una cajita un cigarrillo y fue a llevarlo a los labios, más se contuvo y lo dejó sobre la mesa.

—¿Quiere un cigarrillo, *Miss* Zylah? —le ofreció la caja, atento.

—Gracias —rehusó ella, denegando con la cabeza.

Nutton cogió ahora el cigarrillo y fue a encenderlo.

—¿Le ha dicho el comandante Percy el motivo de haberla

mandado llamar?

—No, coronel. Sólo me dijo que deseaba hablarme de un asunto que tiene singular importancia. No concretó de qué se trataba.

El coronel miró fijamente a la muchacha, como si intentara leer en sus pensamientos antes de exponerle el motivo de haberla llamado.

—Se llama usted Ana; Ana Zylah. ¿No es cierto?

—Así es, coronel —asintió la joven.

—Tengo entendido que Hungría es su tierra natal.

—Exacto —confirmó Ana Zylah—. Salí de allí cuando apenas contaba siete años. Fue cuando mis padres fueron a establecerse a los Estados Unidos.

—Supongo dominará a la perfección el idioma que aprendió de pequeña.

—Así es.

—Perfectamente…

Y el coronel Nutton se recostó en el sillón y tras dar unas chupadas a su cigarrillo lo dejó en el cenicero.

—La O. S. S., requirió sus servicios cuando conoció todas esas cualidades —continuó el militar, jugueteando ahora sus dedos con un lápiz—. La O. S. S., y el C. I. C., necesitan agentes experimentados y personal competente para desempeñar ciertas misiones de suma importancia. ¿Le disgusta, acaso, la clase de trabajo que le han encomendado?

—No, señor.

—¿Aun cuando ese trabajo implicara algún riesgo?

—¿Quiere insinuar si podría sentir algún miedo?

—Llámelo así, si lo desea.

Ahora la joven esbozó una leve sonrisa.

—El comandante Percy podrá informarle mucho mejor de cuanto yo podría decirle. De todos modos, quiero decirle que me seduce mi trabajo y lo encuentro sumamente atractivo, tal vez por su parte de ventura y ese riesgo que lleva aparejado.

—El comandante Percy ya me ha hablado de, usted y de cuánto

es capaz de llevar a cabo. Concretamente, me refirió el caso de los dos polacos secuestrados mientras daban un paseo por el Prater.

Ana guardó silencio. Adivinaba que Nutton tenía algo muy importante que proponerle y deseaba no retardar el instante de formularlo.

Nutton debió adivinar el interés de la muchacha ya que cogió algunos documentos que había sobre la mesa y los examinó rápidamente.

—Le expondré brevemente el caso que nos ocupa, *Miss* Zylah —continuó su jefe—. Se trata de una magnífica colección de piedras preciosas que aparte su valor intrínseco son incalculablemente estimadas por tratarse del tesoro artístico que se conservaba en la catedral de Budapest y entre las que figuran las valiosas gemas de la corona de San Esteban. Estas joyas fueron ocultadas ya cuando la ocupación alemana en aquel país; pero actualmente, al hacerse aún mayor el peligro de que pudieran desaparecer, los elementos húngaros encargados de su custodia han decidido sacarlas de su país y llevarlas a los Estados Unidos, para que allí sean guardadas hasta el momento en que puedan ser devueltas a su patria. Y para ello han solicitado la ayuda y protección de las autoridades, norteamericanas. Desgraciadamente —añadió Nutton desviando la mirada hacia el ventanal a través del que se divisaban los tejados próximos rematados por airosas cúpulas y artísticas veletas—, nuestra ayuda se halla muy limitada a causa de la actual situación, y sólo de una manera extraoficial nos es permitido prestarla.

Ana miraba fijamente al coronel, interesada extraordinariamente en su relato que despertaba en ella una honda emoción.

—Se nos avisó de que uno de los comisionados había salido con la intención de llegar a Austria. El
O. S. S.,
fue autorizado para destacar a uno de sus agentes y vigilar de cerca al emisario húngaro. Sabemos que consiguió entrar en territorio austríaco, pero a partir de este momento se borra toda huella de sus pasos. No cabe duda que debió caer en una trampa tendida por sus enemigos.

—¿Y su agente?

Nutton cogió una cartera que había a un lado de la mesa. Tratábase de una pequeña cartera de piel, estropeada, al parecer,

por la humedad.

—Esto es lo único que nos ha llegado de él. Lo hallaron en un recodo del río. Cuánto había en sus bolsillos nos lo envió la policía austríaca al comprobar que se trataba de un súbdito norteamericano.

La muchacha cogió aquel objeto que Nutton le tendía y lo examinó brevemente.

—¿Harry Fletcher era el nombre de ese agente? —preguntó, devolviéndola a su interlocutor.

—Ése era el nombre que figuraba en sus papeles —dijo el coronel—. Su verdadero nombre era Steve estudió en la Universidad de Gratz. Dominaba a la perfección varios idiomas y por ello fue elegido para desempeñar el cometido de vigilar la ruta seguida por el agente húngaro. No cabe duda que debieron sospechar de él y hacerlo desaparecer a la primera oportunidad.

Ana Zylah guardó silencio. Adivinaba los motivos de su superior al mandarla llamar y esperó a que se los manifestara. Comprendiéndolo así, el coronel Nutton continuó:

—Necesitamos una mujer que no despierte sospechas. Una persona de absoluta confianza y en tal sentido pedí al comandante Percy que me ayudara a encontrarla. Me llamó esta mañana para decirme que esa persona trabajaba a sus órdenes y que… era usted.

Se quedó mirando a la joven aguardando a que ésta formulara sus objeciones, pero Ana no pestañeó siquiera. Parecía interesada en la declaración de su superior.

—Usted nació en Hungría y domina a la perfección la lengua de su país natal —continuó Nutton—. Está conceptuada como uno de los más eficaces miembros del

C. I. C.,

y… es, precisamente, una mujer lo que hace falta para continuar las pesquisas encaminadas a recuperar las joyas.

—No acabo de comprender del todo.

Ahora Nutton abrió uno de los cajones de la mesa y extrajo de él un papel que desdobló cuidadosamente.

—Antes de que Graymore cayera en la trampa de sus enemigos consiguió enviarme esta carta. Fue desde el tren en el que se hallaba vigilando al agente húngaro portador de las joyas. En ella habla de una tal María Steiner, al parecer se trata de una mujer de

la antigua nobleza. Según Graymore, no es aventurado suponer que se halle complicada en el robo.

—¿Y cuál sería mi papel al que tanta importancia parece concederle, coronel Nutton?

—Vigilar de cerca a la condesa Steiner. Averiguar su posible relación con los agentes húngaros y, si nuestras sospechas son ciertas, indagar el paradero de las joyas. Luego mis hombres se encargarán de recuperarlas.

—¿Y es eso todo lo que saben de esa condesa Steiner? —preguntó Ana, adivinando que el coronel no había dicho todo cuanto sabía.

—No es eso todo —respondió el militar—. Sin embargo, necesito primero saber su respuesta a la proposición que acabo de hacerle. No quiero obligarla en un asunto que se aparta no poco de las atribuciones que nos conciernen.

—Puede contar con mi colaboración, coronel —asintió Ana—. Incluso le aseguro que me ha interesado extraordinariamente desde un principio.

Nutton se recostó en el sillón y dejó escapar un leve suspiro de satisfacción. Parecía haberse descargado de una honda preocupación…

—Está bien —dijo simplemente—. Debe saber que hemos localizado a esa condesa Steiner. Se encuentra en Viena y ha solicitado una doncella de compañía. Ha expresado su deseo de que, a ser posible, se trate de una joven húngara. En la oficina de colocaciones le han anunciado que podrán disponer de la persona que desea mañana mismo. ¿Comprende ahora por qué he decidido rogarle que intervenga en este caso?

—Sí —asintió Ana Zylah—. Yo debo encargarme de ocupar esa plaza de doncella en casa de la condesa Steiner.

Exacto. Usted es la única persona que reúne dichas condiciones. Mejor dicho, es usted la persona adecuada para sacarnos del atolladero.

—Espero hacer algo útil, coronel —sonrió la muchacha—. ¿Puede informarme ahora de cuánto debo hacer?

—El comandante Percy se encargará de ello. Esta misma tarde le dará sus instrucciones y mañana comenzará a desempeñar su nuevo cometido.

El coronel Nutton se puso en pie y Ana le imitó. Le tendió la diestra, estrechando la mano de la joven y acompañóla hasta la puerta.

Instantes después la muchacha abandonaba el edificio de la Jefatura para regresar a las oficinas en las que desempeñaba sus servicios.

Ana terminó de sorber la taza de café que le había servido el encargado del bar y corrió ligeramente los visillos del amplio ventanal que daba a la plaza. Eran ya más de las cinco y media y todavía no se había presentado oficial alguno con un mensaje del comandante Percy. Habían quedado de acuerdo en que a las cinco irían en su busca y le darían entonces las últimas instrucciones antes de presentarse a la condesa Steiner.

Sentíase un poco dominada por aquellos nervios que en determinadas ocasiones aparecían para estropear el trabajo emprendido. Ignoraba los motivos, pero lo cierto es que sentíase desasosegada e inquieta. No tenía miedo, jamás lo había sentido en circunstancias semejantes; sin embargo, en esta ocasión presentía que su labor iba a tropezar con muy serias dificultades.

Saco de su bolso un cigarrillo y lo encendió. Hizo una mueca desagradable al advertir la pésima calidad del tabaco. Había tenido que prescindir de sus cigarrillos y substituirlos por los que le había facilitado el comandante Percy. Era preciso no cometer ningún error ante una mujer como aquélla María Steiner, que en el temor de saberse vigilada desconfiaría incluso de su misma sombra.

Se entretuvo en hojear una revista. Un reportaje referente a la misteriosa desaparición de ciudadanos huidos de los países del Este atrajo su atención. Le interesaba profundamente, porque se trataba de una cuestión en la cual el
C. I. C.,
había recibido instrucciones de intervenir. La guerra fría, con sus mil incidentes de cada día y el secuestro de ciudadanos de uno y otro sector amenazaba a cada momento con hacer estallar aquel inmenso depósito de dinamita que era la capital donde parecían convivir amigablemente tropas y ciudadanos, separados por dispares ideologías y ocultos resentimientos.

De pronto se dio cuenta que un joven vestido de paisano acababa de entrar en el establecimiento y se dirigía a ella

resueltamente.

—¿Señorita Zylah? —preguntó cortésmente, mientras la observaba con curiosidad.

—¿Qué desea?

—Haga el favor de acompañarme. El comandante Percy me ha encargado que viniera en su busca.

Ana no titubeó y se puso en pie.

—Cuando guste.

Salieron del bar y entonces vio la muchacha que había un coche detenido ante la puerta. El joven abrió la portezuela ayudándola a subir. Se sentó él al volante y puso el vehículo en marcha.

—Puede estar tranquila —le dijo el muchacho con una sonrisa —. Todo ha salido maravillosamente.

—No sé a lo que se refiere.

Él la miró con una mueca de asombro.

—Me refiero a la húngara que ha de substituir. Estuvimos espiando su salida de la agencia, entonces me acerqué a ella y le dije algunas cosas que se me ocurrieron. La muchacha pareció encantada. No sé qué les pasa a las chicas aquí que no parece caerles uno ni siquiera medianamente mal.

—Quiere decir que le cayó bien. ¿No es eso? —preguntó Ana con una leve sonrisa de ironía.

—Eso parece ser lo que sucedió —asintió el muchacho, divertido —. Me dijo que tenía que ir a cierta casa de la Rudolfstrasse y me ofrecí para acompañarla. La invité a subir al coche y en un abrir y cerrar de ojos cayó en la trampa con la más deliciosa ingenuidad.

—¿Qué trampa? —preguntó Ana, interesada.

—Bob y Spencer la aguardaban dentro y no le dieron tiempo siquiera para protestar. Entonces le dije que no le haríamos ningún daño, pero fue preciso taparle la boca, ya que estaba tan asustada que nos temimos pusiera el grito en el cielo.

—¿Y dónde está ahora?

—En una casa de las afueras. Allí está el comandante esperándola a usted.

Ana comenzó a barruntar lo que su jefe estaba tramando. Y tuvo buena confirmación de ello no bien llegaron a la casa de que le hablaran.

—Todo se presenta a pedir de boca, señorita Zylah —le dijo el

comandante del
C. I. C.
—. Ya tenemos a la doncella pedida por la condesa Steiner. Ahora es cuando llega el momento de que usted entre en escena.

Acompañó a la muchacha hasta una pieza donde estaba la atemorizada húngara.

—He estado intentando convencerla de que ningún mal pensamos hacerle —explicó Percy—. Quizás usted, empleando su lengua natal, tenga más éxito.

Ana se acercó a la mujer. Tendría probablemente dos o tres años más que ella. Sin embargo, su complexión y estatura no difería gran cosa de la suya.

—No tema —le dijo en húngaro—. No van a hacerle ningún daño. Son amigos que intentan protegerla.

—¿Protegerme… de qué? —preguntó la mujer, animada al verse ante una compatriota suya, que le hablaba en su misma lengua.

—Debe saber que la persona a cuyo servicio iba destinada está vigilada por la policía. Se sospecha que está en contacto con una banda de malhechores y contrabandistas. Es preferible que permanezca escondida mientras yo ocupo su puesto.

La mujer clavó en ella sus azules pupilas y luego las desvió hacia el comandante que, de pie a su lado, observaba atentamente la escena.

—¿Qué es lo que debo hacer? —preguntó, indecisa.

—Deberá permanecer aquí todo el tiempo que se le indique. Nadie la molestará y estará protegida contra cualquier indiscreción.

—¿Y usted?…

—Yo ocuparé su puesto en casa de la condesa Steiner —añadió Ana—. Debe considerar que su misma vida correría un serio peligro si hubiera ido allá. ¿Cuál es su nombre? —le sonrió para desvanecer sus recelos—. Es preciso que me presente a la condesa como si se tratara de usted misma…

—Me llamo Gisel Kossec. Salí de Budapest poco antes de concluir la guerra y vine aquí donde tengo unos tíos que me han cuidado hasta que tuve que ponerme a trabajar. En las oficinas de colocación tenían mi solicitud de trabajo, y hace dos días me avisaron para que me presentara en ellas, ya que había un empleo para mí. Ahora que me había hecho tantas ilusiones…

—No esté preocupada, Gisel —la animó Ana—. Cuando esto haya terminado procuraremos que no haya tenido que arrepentirse.

Allí mismo cambiaron sus ropas y Ana guardó en su bolsillo la credencial que la agencia facilitara a la señorita Kossec. Cinco minutos después despedíase del comandante Percy y en el mismo automóvil que la habían llevado allí condujéronla ahora hasta las inmediaciones de la Rudolfstrasse.

—Buena suerte, señorita Zylah —le deseó el mismo muchacho que la acompañara poco antes—. Una llamada telefónica en caso de que lo necesite y me tendrá a su lado antes de cinco minutos. ¿Se acordará? No olvide que mi nombre es Albert y estoy a las órdenes del comandante Percy.

—Lo tendré en cuenta, Albert —sonrióle Ana, estrechando su mano.

Luego se alejó, seguida por la mirada atenta del joven, quien permaneció allí hasta verla desaparecer tras la verja que rodeaba los jardines de una señorial mansión.

Una senda algo descuidada condujo a la muchacha hasta un edificio que en su tiempo había constituido un alarde de arquitectura y ornamentación, pero que el paso devastador de la guerra había dejado en él muy hondas huellas, que ya difícilmente podrían desaparecer.

La casa, lo mismo que los jardines circundantes, estaba notoriamente abandonada. La hierba había invadido sus avenidas y algunos escombros se amontonaban junto a los grises y manchados muros. En algunos de los ventanales faltaban cristales e incluso uno de los postigos había sido arrancado de cuajo.

Ana avanzó lentamente, sin prisa alguna, contemplando cuánto la rodeaba. Experimentaba una extraña sensación desde el instante que atravesara aquella puerta, sin advertir la presencia de ser viviente alguno. Presentía que desde algún punto de la casa estaba siendo observada. El mismo silencio que la envolvía, ya que ni siquiera un leve soplo de brisa movía las hojas de los árboles, contribuía a exacerbar aquella impresión.

Llegó ante la puerta de entrada y allí se detuvo. Por un instante volvió la cabeza para observar el camino que acababa de recorrer. Al fondo, entre la fronda que invadía la verja del jardín, vio pasar algunos transeúntes y ello devolvióle la tranquilidad y el valor.

Resueltamente pulsó el timbre que había a un lado, más no consiguió percibir el sonido característico de su funcionamiento.

Aguardó algunos segundos y llamó de nuevo. Tampoco recibió ahora respuesta alguna. Tanteó la puerta y, con gran asombro, advirtió que cedía.

El vestíbulo estaba en sombras y sólo una débil claridad le llegaba del fondo, en donde parecía haber un saloncito. No se oía en la casa sonido alguno y ello la decidió a entrar en ella y avanzar con gran precaución hacia la estancia del fondo.

Comenzaba a sospechar que la casa estaba desierta.

Tal vez se había informado mal o, lo más seguro, la condesa Steiner se había ausentado y debería aguardar allí a que regresara.

Llegó hasta la puerta del fondo y a la primera ojeada comprobó que, efectivamente, no se había equivocado. Allí estaba el saloncito, amueblado con buen gusto y no carecía de cierto aire moderno. La luz estaba encendida y todo parecía allí dispuesto para recibir algún personaje. Únicamente al fondo, junto a un sofá, veíase una silla derribada. Era aquél un extraño detalle que no pudo por menos que intrigar a la muchacha.

Ana continuó avanzando. La alfombra que cubría el suelo amortiguaba sus pasos, haciendo aún más enervante el silencio que envolvía la casa. Miraba sin cesar a derecha e izquierda, preguntándose intrigada por dónde iba a surgir el misterioso personaje que habitaba aquella casa.

Al llegar al centro del salón desvió sus pasos en dirección de uno de los ventanales. Al mismo tiempo continuaba su mirada recorriendo todos los rincones del aposento sin perder un solo detalle. Intuía que algo estaba a punto de producirse y deseaba ya terminar de una vez con la angustiosa inquietud.

De pronto, al dar la vuelta al sofá, se detuvo repentinamente y todo su cuerpo quedó rígido por la sorpresa. De haber tenido los nervios menos firmes es probable que hubiera chillado aterrada.

Unos pies asomaban por debajo del mueble. Su absoluta inmovilidad hizo sospechar a la joven que algo terrible acababa de ocurrir allí.

Se inclinó ligeramente y pudo ver que se trataba del cadáver de un hombre de mediana estatura y cuya edad oscilaría entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años. Estaba en mangas de camisa y

una gran mancha de sangre delataba el lugar donde se encontraba la herida que acabó con su existencia.

Ana retrocedió unos pasos y se volvió hacia la puerta del salón. Entonces advirtió que no estaba sola. Un nuevo personaje había aparecido en escena y todo hacía suponer que había aguardado a que entrara allí para dar a conocer su presencia.

Tratábase de una mujer de mediana edad y estatura regular, que envolvía su cuerpo flexible y sinuoso con una bata de seda color crema con grandes flores estampadas en rojo. Se quedó mirando a la muchacha con una expresión de indudable curiosidad y una vez terminado aquel estudio, abandonó el umbral y se acercó a ella, mientras en sus labios aparecía una sonrisa que tanto podía significar un deseo de atraer su simpatía como el anuncio de su sentencia de muerte.

CAPÍTULO III

Al llegar a pocos pasos de Ana, la mujer se detuvo. Con gesto negligente arrojó a un lado el cigarrillo que sostenía entre sus dedos y extinguió la lumbre aplastándolo con su pie menudo y calzado con unas zapatillas que hacían conjunto con la bata.

—¿Señorita Kossec? —preguntó sin dejar de sonreír, al tiempo que examinaba detenidamente a su visitante—. ¿Es usted la joven que me envía la agencia?

Ana asintió, en silencio. Fingía estar terriblemente asustada y se había apoyado en uno de los sillones que tenía a sus espaldas.

—Me alegro que haya venido —continuó aquella mujer, dueña de una tranquilidad y una despreocupación que a la propia Ana llenaban de asombro—. Esta soledad comenzaba a crisparme los nervios. Necesitaba una persona que estuviera conmigo y me ayudara a librarme de los espectros que todavía quedan entre estos viejos muros.

Ana se volvió ligeramente y señaló detrás del sofá.

—Ese hombre…

La mujer ni siquiera desvió la mirada. Se echó a reír y su risa sonó lúgubre en el silencio que las envolvía.

—Está muerto —dijo tranquilamente—. Era un asqueroso traidor y no tuve más remedio que deshacerme de él —frotóse las uñas con la manga del batín, como si les sacara brillo—. No tema, esta noche ya no estará aquí. Habrá que aguardar a que obscurezca para sacarlo.

Ana no pudo evitar un estremecimiento de horror. Retrocedió un paso y miró a su alrededor, indecisa.

—Pero… eso que usted ha hecho… es un asesínalo…

La condesa rió de nuevo, divertida al parecer, por la expresión de Ana.

—Quitar del mundo de los vivos a un ser despreciable como era

Kurt, jamás puede ser un crimen. Es posible que la policía no piense igual. Pero no es menos cierto que existe cierta policía para la que el haber huido de su país es un crimen que no admite disculpa ni perdón.

Ana movió la cabeza, como si no entendiera. No obstante, adivinaba el juego de aquella mujer y los motivos que la inducían a mostrarse tan segura de sí misma.

—No comprendo… —murmuró.

—Se lo prevengo por si ha cruzado por su imaginación huir de aquí y delatarme. Sé de usted bastante más de lo que puede convenirle. La misma agencia me ha informado que ha llegado huida de su país. ¿Qué efecto causa en usted la idea de que puedan devolverla allá?

Ana iba mentalmente calculando los planes de aquella diabólica mujer. Una cosa, sin embargo, no estaba clara. ¿Para qué había solicitado a una persona de su nacionalidad supuesta, sin otro fin aparente que hacerla cómplice de sus fechorías?

—Creo que ya adivino los motivos que tiene para obrar así —habló retrocediendo ligeramente hasta colocarse detrás del sillón—. No tiene derecho a forjar mi voluntad y disponer de mí. Yo no le he hecho ningún daño.

—Vamos, vamos, criatura. Tranquilícese, que nadie pretende hacerle ningún daño. ¿Por qué dramatizar una situación que ninguna de las dos deseamos?

Acercóse a la joven y puso una mano en su brazo. Ana permaneció inmóvil, observándola recelosa. Tenía que fingir una situación que comprendía perfectamente y por ello estaba segura de no despertar en aquella mujer sospecha alguna.

—¿Qué es lo que desea de mí? —preguntó con voz apagada—. Por nada del mundo desearía aparecer complicada en la muerte de ese hombre. Yo accedí a venir aquí confiando desempeñar un trabajo honrado. No deseo otra cosa que ganarme la vida.

—No es otra cosa lo que yo le ofrezco. Únicamente cree ha tenido la desdicha de presentarse en un momento aciago. Vamos —añadió llevándola fuera del salón—, no se preocupe más por lo que ha visto. De haber conocido al hombre que hay tendido tras el sofá posiblemente no le habría impresionado verlo en esta forma. Kurt era un ser sin escrúpulos, un desalmado que gozaba martirizándome

despiadadamente. Esta tarde quiso abusar de mí y me defendí desesperadamente; no siento haberlo matado. Lo merecía y con haberlo quitado de en medio he causado un gran bien a la Humanidad.

En el extraño brillo de sus ojos y en la exaltación que estaba apoderándose de ella adivinaba Ana que una especie de locura sacudía el espíritu de aquella mujer. Intuía que nada de cierto había en sus palabras. Era evidente su interés en quitar importancia al hecho y al mismo tiempo, trataba de imponer su voluntad, coaccionándola con el temor de una delación que podía condenarla a una pena mucho más infamante y horrible que la muerte.

—Ahora empiezo a comprender —asintió Ana—, pero si se presenta la policía será difícil escapar a una investigación.

La condesa denegó, con firmeza.

—No llegará a suceder. La policía está demasiado ocupada en cuestiones de más monta. Cada día aparecen más cadáveres flotando en el Danubio, sin que haya quién se ocupe de averiguar lo ocurrido. ¿Cree que después de una guerra sangrienta y cruel como la que hemos padecido, en la que hemos visto millares de seres inocentes caer destrozados por el huracán de fuego y metralla desencadenado desde el aire, preocupa a las autoridades el que aparezcan unos cuantos infelices con un disparo en la cabeza o un cuchillo clavado en la espalda? Por otra parte, nadie está interesado en la suerte de Kurt. Su desaparición no inquietara a nadie y si hay quién pueda sentirse aliviado por su muerte tenga por seguro que será la propia policía de Viena.

Habían cruzado un pequeño corredor y se encontraban ahora en lo que debía ser el comedor de la casa.

—Procuraré que no la agobie el trabajo —continuó la condesa Steiner, en un tono amable y suave—. Necesito a una persona como usted y puedo asegurarle que no se arrepentirá. ¿Le agradaría marchar alguna vez a los Estados Unidos?

Ana miróla con expresión de asombro, pero no respondió. María Steiner pareció recrearse en su sorpresa.

—Sí, no crea que digo algo disparatado si le ofrezco llevarla conmigo a ese maravilloso, país al otro lado del Océano. En él llevaríamos una existencia fácil y sin que nada nos faltara. Una persona de la antigua nobleza austríaca siempre será bien vista en

el país de la más pura democracia. Usted, Gisel, es una criatura agraciada y se le abrirán todas las puertas, incluidas las de la felicidad y del éxito. Yo estaré en posesión de una considerable fortuna que me permitirá ayudarla cuánto precise. Únicamente le pido, a cambio, que me ayude ahora hasta que llegue el momento propicio. No ignorará que son muchas las dificultades, pero entre las dos podremos sortearlas.

—¿Y qué es lo que debo hacer? —preguntó Ana, demostrando un enorme interés y una creciente curiosidad.

Vio a la condesa sonreír con una mueca de satisfacción.

—Por el momento, bien poca cosa. Vivir en mi compañía y ayudarme hasta hallar la oportunidad ansiada. No puede hacerse esperar. Además… tiene que ayudarme a sacar de aquí el cuerpo de Kurt.

—¿Qué piensa hacer con él?

—Arrojarlo al río —repuso imperturbable—. ¿Sabe conducir?

Ana asintió, tras una breve indecisión.

—Mi padre poseía un pequeño coche en Budapest —explicó—. Yo misma llevaba a mis amigos cuando íbamos de excursión.

—En este caso, esta noche nos llevará a Kurt y a mí. A Kurt lo despediremos en algún lugar donde no haya peligro de ser observados.

Ana calló. A toda costa debía evitar el menor recelo en aquella mujer, y para ello no tenía más remedio que someterse a sus decisiones por absurdas y disparatadas que se le antojaran. No veía otra solución que ayudarla a deshacerse del hombre que yacía muerto tras el sofá del salón. Por otra parte, no le cabía ninguna duda sobre la calaña de aquella gente, y en las actuales circunstancias importaba lo mismo que el tal Kurt diera con sus huesos en una fosa que en el fondo cenagoso del río.

Ayudó a la condesa a ocultar en los sótanos el cadáver de Kurt. El muerto tenía el aspecto de un hombre de unos cincuenta años, de facciones innobles. Una ancha cicatriz surcaba su mejilla izquierda. La bala había ido a alojarse precisamente en la región del corazón, ocasionándole una muerte instantánea.

La tranquilidad y sangre fría de la condesa causaban en la joven una invencible sensación de repugnancia y temor. No cabía duda que para llegar a extremos como aquél era preciso que un móvil

singularmente poderoso la empujara a ello.

María Steiner le mostró la habitación que ocuparía allí y la dejó sola. Ello le concedió un cierto respiro; necesitaba reflexionar acerca del plan que convenía seguir, ya que los acontecimientos se habían producido de tal modo que sus primitivos propósitos habían perdido una gran parte de interés.

Al anochecer llegó a la casa una mujer de cierta edad. La condesa le explicó que acudía allí todos los días para preparar las comidas y arreglar las habitaciones de la casa, pero que una vez terminado su trabajo regresaba a su hogar.

La cena de las dos mujeres transcurrió en una atmósfera densa, en la que parecía palpitar un irreprimible presagio de tragedia. Apenas si cambiaron media docena de palabras. Luego, una vez hubieron concluido, María Steiner hizo una seña a la muchacha para que la siguiera.

La mujer encargada del arreglo de la mansión había ya terminado su labor y ningún ruido turbaba el impresionante silencio que envolvía la casa.

Bajaron al sótano y desde allí, utilizando una puerta interior, pasaron al garaje.

—Éste es el automóvil —la condesa le indicó el vehículo que allí se veía—. Tuve que despedir al chofer hace más de quince días y desde entonces no se ha movido de aquí. ¿Quiere examinarlo y ver si está en condiciones?

Ana subió y trató de poner el motor en marcha, sin conseguirlo.

—Quizás haga falta una revisión antes de utilizarlo de nuevo —dijo a la condesa que seguía atentamente su maniobra—. Mañana podría llamar a un mecánico.

—Es absolutamente necesario sacar esta noche el cuerpo de Kurt —replicó la condesa, dando muestras de algún nerviosismo—. Mañana sería demasiado tarde.

Ana no replicó. Descendió del coche y examinó el motor. Una de las conexiones en las bujías estaba suelta; la ajustó y probó de nuevo. Esta vez el motor comenzó a roncar. Vio aparecer en el semblante de María Steiner una sonrisa de satisfacción.

—Iremos por la Hillerstrasse hasta las inmediaciones del puente Imperial. A estas horas aquellos lugares están desiertos y es muy escasa la luz.

Ana no contestó más que con una ligera inclinación de cabeza, asintiendo. Subió a su habitación y se puso el impermeable.

Al bajar de nuevo halló ya a la condesa dispuesta junto al coche. Arrastraron el cuerpo de Kurt y lo colocaron en un rincón del vehículo, en el asiento posterior. Junto a él se colocó la condesa.

Abrió Ana la puerta del garaje y sacó el automóvil al jardín. Luego cerró la puerta.

—Yo le indicaré por dónde debemos ir —advirtióle su acompañante—. Si alguien nos detiene, no tema; yo me encargaré de responder.

—¿No teme que pueda sucedernos algún tropiezo desagradable?

Por toda respuesta, la condesa le mostró una pistola que llevaba oculta en uno de los bolsillos del impermeable.

—No temo a nada ni a nadie —respondió expresiva—. En caso necesario sé defenderme y no permitiré que nadie nos corte el paso. No se detenga —le advirtió—, a menos que yo se lo indique.

—Así lo haré.

Reanudó el coche la marcha y pronto cruzaron el límite del jardín y salieron a la calle.

Una densa niebla comenzaba a abatirse sobre la ciudad. Las obscuras siluetas de los escasos transeúntes surgían y desaparecían como sombras fantasmales en un ambiente de pesadilla. La luz de los faros apenas si conseguía taladrar aquel muro blancuzco y pegajoso, por lo que el vehículo avanzaba por las desiertas calles a marcha moderada.

Cerca del puente cruzáronse con un «*jeep*» ocupado por cuatro hombres de la policía internacional. Pasó por su lado, sin detenerse. Era indudable que marchaban a realizar alguna importante misión, ya que ni siquiera se fijaron en el automóvil.

—Ya estamos cerca —habló la condesa inclinándose hacia delante—. Arrímese a la derecha y ya le indicaré dónde debe detenerse.

La luz apenas alcanzaba aquel desierto paraje junto al río. Los árboles que lo flanqueaban eran los únicos testigos silenciosos de la escena que se iba a desarrollar.

Antes de apearse, María Steiner miró a un lado y a otro hasta cerciorarse de que nadie se encontraba por aquellas inmediaciones. Luego bajó del coche y se acercó al borde del muelle.

—No podemos perder un tiempo precioso —le dijo a Ana al volver junto a ella—. Es el momento oportuno.

Sacaron el cuerpo de Kurt y entre las dos lo llevaron hasta el mismo borde del muelle. Depositáronlo en el suelo. Luego, mediante un ligero empujón, María Steiner lo hizo rodar hasta verlo desaparecer en las negras aguas de la silenciosa corriente.

El ruido del cuerpo al caer repercutió por unos instantes en la quietud de la noche. Sin perder un instante más, las dos mujeres regresaron al automóvil y pronto reemprendió éste la marcha, desapareciendo en dirección opuesta a la que les había llevado hasta allí.

Diez minutos más tarde se hallaban de regreso a la mansión de la Rudolfstrasse. Comenzaba a descender de las nubes una fina lluvia y a intervalos soplaba un viento racheado, frío y molesto.

Encerraron el coche en el garaje. Luego, sirviéndose de la puerta de comunicación con el sótano, entraron en la mansión.

María Steiner acompañó a la muchacha hasta su habitación. Le deseó las buenas noches y marchó a inspeccionar las dependencias de la casa, como tenía por costumbre todas las noches.

Al entrar en el saloncito que había a la derecha del vestíbulo experimentó un fuerte sobresalto. Sobre la alfombra se observaban unas pisadas claramente marcadas. El barro, húmedo aún, revelaba que alguien había entrado hacía poco tiempo, ya que apenas si habían transcurrido unos diez minutos desde que comenzara a llover.

Miró hacia la ventana y la vio cerrada. Las huellas de barro se perdían en el mismo borde de la alfombra. Una persona se había introducido en la casa y en aquellos momentos debía estar vigilándola desde algún oculto rincón.

Fue hasta la mesita que había cerca de la ventana, procurando que su paso no vacilara. En uno de los cajones tenía un arma y con ella podría hacer frente al desconocido. Sin embargo, no había llegado a tocar siquiera el mueble cuando una voz partió de la puerta obligándola a volverse bruscamente.

—¡No llame a nadie ni intente resistirse! No le causaré daño alguno.

En el umbral se recortaba la figura de un hombre de unos treinta y cinco años. Vestía una gabardina y se cubría con un sombrero de

fieltro gris cuya ala le caía muy por encima de los ojos. Su mano derecha empuñaba una pistola. No apuntaba directamente hacia ella, pero estaba apercibido para hacerlo al menor intento de resistir su mandato.

—¿Qué hace usted en mi casa? —preguntó María Steiner, sin dar muestras de la menor turbación—. ¿Cómo se ha atrevido a entrar por esa ventana, como un forajido?

—Le he dicho que no debe temer nada de mí, señora. No le haré ningún daño y sólo permaneceré aquí el tiempo preciso. Espero que ello no le cause ninguna molestia.

María Steiner enarcó sus cejas y miró fijamente al intruso.

—¿Qué ha venido a buscar? —preguntó.

El hombre señaló al exterior.

—La policía anda buscándome. Me sorprendieron a la salida de un café y logré zafarme de su acoso cerca de aquí. Posiblemente anden en estos momentos buscándome por el jardín. Incluso pueden llamar aquí y solicitar un registro.

—¿Es usted americano? —preguntó la condesa, interesada, advirtiendo en el acento del joven una marcada entonación.

—No es difícil adivinarlo —repuso éste—. Tuve hace algún tiempo la desdichada ocurrencia de desertar del Ejército. Luego me arriesgué en algunos negocios que la policía parece empeñada en perseguir.

María Steiner fue hasta uno de los sillones y se dejó caer en él.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —preguntó.



¿Qué es lo que piensa hacer? —preguntó

—Sólo quedarme aquí hasta que ya no haya peligro. Espero no entretenerla más del tiempo preciso.

—¿Y luego?

—Veré de ocultarme hasta que me hayan olvidado. En una ciudad como ésta, donde todo anda tan revuelto, será difícil que

tarde en ocurrir.

La condesa se levantó y se acercó al desconocido.

—Quizás pueda ayudarle. Claro está —añadió con una significativa sonrisa—, siempre que esté dispuesto a permitirlo.

El desconocido miró interesado a la mujer y dejó escapar un leve silbido de asombro.

—¿Estaría dispuesta a ocultarme de los que andan buscándome?

—No me será muy difícil. ¿Qué es lo que sabe hacer?

—Cualquier cosa —respondió el joven—. Desde pasar contrabando hasta asaltar un Banco, cualquier actividad tiene para mí grandes alicientes.

—No será preciso complicarse la existencia con aventuras peligrosas —rió María Steiner, divertida—. ¿Sabe conducir?

—He sido conductor de un «*jeep*» hasta que vine a Viena —declaró.

—En este caso puedo ofrecerle un puesto de chofer. Como no le agobiará el trabajo podrá ayudarme en otros quehaceres. ¿Qué le parece?

—Me parece muy bien, si la policía no lo estropea.

—Ya procuraré yo que no le pongan dificultades. Tengo buenas relaciones en la ciudad.

—¡Hum! —Denegó el hombre con un gesto—. Dudo que por complacerla se comprometan más de lo prudente.

—Estoy segura de que nada le ocurrirá.

El muchacho pareció dudar. Luego, como si adoptara una determinación, guardó la pistola en el bolsillo y se acercó a la mujer. Entonces esta pudo apreciar que bajo el sombrero llevaba un vendaje.

—¿Está herido? —preguntó, intrigada.

—No tiene importancia —sonrió él, despreocupadamente—. Fue en una operación de limpieza que llevaron a cabo la semana última en uno de los suburbios del este; logré escapar de milagro. Afortunadamente solo se trata de un rasguño.

María Steiner se dirigió a la puerta y ya en ella hizo una seña al misterioso personaje para que le siguiera.

—Desde el piso alto podremos observar lo que ocurre en el jardín. Es muy probable que el peligro ya se haya desvanecido.

Subieron hasta una de las habitaciones del primer piso y desde

una de las ventanas atisbaron al exterior. La neblina cubría el jardín y no podía distinguirse la calle cercana.

—Con una noche como ésta es más que probable que hayan desistido de seguir buscando. ¿Qué le parece mi proposición? —insistió ella.

—Que me seduce en gran manera. Aunque sentiría crearle alguna complicación.

—No dejaré que se produzca.

—Parece estar muy segura.

Ella sonrió, enigmática.

—Me ha resultado simpático y sospecho que su ayuda ha de serme muy valiosa. En un principio creí que sus intenciones eran otras.

—Pensó que había entrado para robar. ¿No es eso?

—Tal vez —respondió María Steiner, evasiva.

—No creo que quede en Viena nada por lo que merezca la pena arriesgarse. Además, me seduce la vida aventurera. Uno de mis mejores placeres es el burlarme de la policía militar. Es una emoción que difícilmente podrá superarse.

—Posiblemente pueda ofrecerle una aventura que le guste. Quizás su mejor aventura.

—¿De qué se trata? —inquirió el joven, interesado.

Ella sonrió con aire de misterio y denegó apresuradamente.

—Lo sabrá cuando sea el momento oportuno. Ahora es pronto para ello.

Salieron de la habitación. Al pasar ante una de las puertas advirtió la condesa que había luz en el interior.

Llamó con los nudillos, suavemente. Casi al instante una voz respondió.

—Sólo deseaba saber si estaba durmiendo, señorita Kossec —habló María Steiner—. Y también para decirle que ha llegado un nuevo amigo. Mañana podrá conocerlo —se volvió hacia el joven y en voz baja le preguntó—: ¿Cuál es su nombre?

—Llámeme Dan, si le gusta.

—No me parece mal —sonrió. Se volvió hacia la habitación que ocupaba Ana y prosiguió—: Su nombre es Dan, señorita Kossec.

—Celebro conocerlo. Dan —respondió la voz de la muchacha a través de la puerta.

—Es para mí un placer, señorita Kossec —correspondió el joven —. Hasta mañana.

—Buenas noches, Dan.

La condesa frunció levemente el entrecejo y cogiendo al joven de un brazo lo apartó de allí.

Acompañólo hasta una habitación que había en la planta, detrás de la cocina.

—Ocupará este cuarto, Dan —le dijo desde la puerta—. Es el que utilizaba mi chofer cuándo aun podía permitirme ese lujo.

Él la miró, intrigado.

—¿Acaso no se lo permite ahora?

—Es cierto —echóse a reír—. A veces hablo sin ton ni son. Comprendo que debiera haberle hablado de sus honorarios. En estos tiempos no es corriente ver a personas que dispongan de servidumbre como en los días anteriores a la guerra.

—Me ha brindado su protección y para mí es más que suficiente.

—¿No es ambicioso?

—Nunca dejé de serlo.

—En este caso le ofreceré la mejor oportunidad de su vida. Buenas noches, Dan.

El joven correspondió con una leve inclinación de cabeza y entró en el cuarto, pero inmediatamente salió de allí. La condesa, advirtiendo su gesto, se había vuelto, intrigada.

—¿Qué le sucede?

Dan fue hasta la mujer y la miró fijamente.

—No se le ocurra ir con el soplo a la policía. En realidad no sé nada de usted y he confiado ciegamente en la sinceridad de su oferta.

María Steiner enarcó sus finas cejas y terminó por echarse a reír.

—Exactamente lo mismo que he hecho yo con usted. Es una jugada al azar en la que ambos tenemos lo mismo a ganar que a perder.

Dan sacó una moneda, la hizo voltear en el aire y la recogió con hábil ademán. La examinó rápidamente y asintió, sonriente:

—Tiene razón —dijo guardándola en el bolsillo—. Olvide lo que le he dicho. Buenas noches.

Esta vez María Steiner no se movió del pasillo hasta ver cerrarse la puerta del cuarto.

CAPÍTULO IV

Ana se levantó a la mañana siguiente más temprano de lo que tenía pensado. La mañana se presentaba lluviosa y fría, los árboles del jardín comenzaban a desprenderse de sus hojas y los caminos aparecían cubiertos de una alfombra ocre y escarlata.

Iba a bajar a la planta cuando vio desde la ventana que un hombre se acercaba procedente de la Rudolfstrasse. Vestía gabán obscuro y miraba hacia las ventanas con evidente curiosidad.

Decidió bajar antes de que lo hiciera la condesa, pero con gran asombro comprobó que ésta se hallaba ya en el vestíbulo y había abierto la puerta aguardando la llegada de su visitante.

Desvióse Ana hacia la cocina y se refugió en ella. María Steiner no la había visto. Ello le permitiría observar al recién llegado.

Al llegar al umbral lo vio detenerse y mirar fijamente a la mujer. Tratábase de un hombre de unos cincuenta años, alto, de facciones duras y mirada penetrante. No había en ella asomo alguno de cordialidad. Antes podría sospecharse que no era precisamente la simpatía lo que relacionaba a las dos personas que ahora se observaban mutuamente recelosas.

—Hola, María —saludó el hombre, decidiéndose al fin a entrar en la casa—. ¿Llegó Kurt?

María Steiner cerró la puerta tan pronto el hombre hubo entrado.

—¿Sabes algo de él? —preguntó ella, a su vez.

El otro no contestó. Se quedó mirando a la condesa con expresión que nada agradable podía augurar. Dio unos pasos hacia la escalera, pero entonces María Steiner lo sujetó del brazo, conteniéndolo.

—No, Oswald. No estamos solos. Es preferible que pases al saloncito.

Sin embargo, el llamado Oswald no se movió.

—¿Dónde está Kurt? —insistió, desconfiado esta vez.

—¿Cómo puedo saberlo? —protestó la Steiner—. ¿Crees, acaso, que conozco sus intenciones? Quedó en que vendría aquí y aquí me tienes aguardándole.

—Kurt debía haber llegado.

—Eso mismo opino yo. Puede haber tenido un contratiempo y se habrá retrasado. Tal vez se presente hoy mismo.

Oswald miró hacia arriba, desconfiado.

—¿Quién está contigo? —preguntó.

—Una joven húngara llamada Gisel. Ha huido de su país. Yo no podía estar sola. Ya sabes que me horroriza la soledad. Además, estando ella aquí no despertaré demasiadas sospechas. También…

—¿También, qué? —apremióla Oswald al advertir su vacilación.

—Hay un hombre —concluyó la condesa—. Huía de la policía y se refugió aquí. Es americano. Conduce bien y puede sernos de mucha utilidad.

Vio Ana como el hombre enarcaba las cejas.

—No me gusta que tengas aquí a desconocidos. Bastantes dificultades hemos…

Se calló ante un gesto terminante de la condesa. Miró a todos lados, como si temiera que hubieran estado escuchándole y se volvió hacia la puerta.

¿Vas a irte? —preguntó María Steiner.

—Intentaré saber de Kurt —respondió—. Volveré más tarde.

Ana retrocedió hasta el fondo de la cocina. Y al hacerlo le pareció oír el suave ruido de una puerta que se cerraba.

Experimentó la impresión de que había sido, a su vez, espiada. Entonces se acordó del hombre de que por la noche le hablara María Steiner. Era probable que ocupara la habitación contigua y al oír ruido de voces había salido, sorprendiéndola en su tarea de observación.

Salió de la cocina y se dirigió al vestíbulo. María Steiner se hallaba en el exterior viendo como Oswald se alejaba por la avenida del jardín. Retrocedió, pues, cautelosamente y subió de nuevo a su habitación.

Cuando a los pocos minutos volvió a bajar encontró a la condesa en el comedor. Un hombre joven se hallaba con ella, y adivinó que se trataba del que llegara por la noche.

—Buenos días, señorita Kossec —correspondió María Steiner a su saludo—. Este joven es Dan, de quién ya le hablé anoche.

Estrechó la mano que el joven le tendía, y aun cuando procuró mostrarse tranquila haciendo gala de una naturalidad que no sentía, no pudo por menos que experimentar una creciente inquietud al advertir la mirada del joven fija en ella con sospechosa insistencia.

La propia condesa le ayudó a preparar el desayuno. Dan había bajado al garaje con el encargo de revisar el automóvil, lo que le proporcionó un cierto respiro.

—Debo advertirle, Gisel —le dijo María Steiner, tras un largo silencio—, que un amigo mío llamado Oswald se encuentra en Viena y no tardará en presentarse aquí. No me extrañaría que le hiciera algunas preguntas.

—Lo tendré en cuenta, señora.

—No olvide que nada de cuánto vio anoche debe salir de estos muros. Sería muy lamentable y bastante peligroso para las dos. Téngalo siempre presente, Gisel.

—No lo olvidaré, señora.

No volvieron a hablar de la cuestión, pero Ana ya podía con ello formarse una idea de los propósitos del hombre que poco antes viera en el vestíbulo hablando con María Steiner.

Habían ya terminado el desayuno cuando María Steiner, que se encontraba mirando al jardín desde una de las ventanas, se volvió rápidamente hacia los dos jóvenes.

—¡Unos soldados de la policía vienen hacia aquí! —les dijo con cierta alarma—. ¡No deben por ningún motivo dejarse ver! ¡Vengan conmigo!

Efectivamente, vio Ana que, por la avenida del jardín, se acercaban a la casa cuatro miembros de la policía militar.

Acompañaron a la condesa al sótano. Una vez en él apartó del muro un viejo armario y apareció una puerta oculta. Introdujo una llave en la cerradura y la abrió.

—¡Entren pronto y no quieran salir de aquí hasta que yo les avise!

Ana y el joven penetraron en una obscura habitación. No tuvieron tiempo de hacer pregunta alguna, ya que María Steiner cerró pronto la puerta y oyeron como volvía a dejar el armario en su sitio.

La muchacha se apoyó en el muro y quedó inmóvil. La aterraba la idea de permanecer a solas en aquel lugar con un desconocido, Sin embargo, no había tenido tiempo siquiera de negarse. La situación se hacía crítica y nada podía hacer si no quería despertar las sospechas de la condesa.

Deslizóse hacia la derecha, pegada al muro. No oía a su acompañante en aquel encierro, pero lo presentía próximo.

En aquel momento tropezó con una caja que había en el suelo y promovió un gran estrépito, aumentado por el silencio que reinaba en aquel antro.

—¿Quiere estarse quieta y no hacer tanto ruido? —la reprendió el muchacho.

Mordióse Ana los labios, resentida. La molestaba el tono con que aquel hombre la había obligado a guardar silencio. Asimismo, le dolía que se hubiera apercibido de que le temía y trataba de alejarse de su lado.

El brillante resplandor de una linterna de bolsillo le indicó el paradero de Dan. Se hallaba aún junto a la puerta y parecía examinar con singular atención cuánto les rodeaba en aquel encierro. El haz luminoso se paseó por el suelo de la cueva y deslizándose por las paredes fue a posarse en el rostro de Ana. Inmediatamente desvióse hacia el fondo.

—Parece asustada —comentó Dan, al parecer divertido.

—No lo estoy —replicó ella, molesta—. ¿Por qué iba a estarlo?

Él no contestó. La luz se proyectaba en un boquete que había en el fondo de la pieza y que constituía el principio de un pasillo angosto y obscuro.

Dan avanzó unos pasos y examinó aquel lugar. Luego se volvió hacia la muchacha.

—¿Quiere seguirme y echar una ojeada por este laberinto o prefiere aguardarme aquí?

—Le acompañaré —dijo Ana, simplemente.

Entró en el corredor y ella le siguió. El pasillo tenía unos ocho metros de longitud y terminaba bruscamente donde había una puertecilla de hierro. Estaba cerrada con llave. Tanteóla Dan, más resistió a sus intensos.

—Es un consueto saber que siempre nos queda la posibilidad de poder escapar. ¿Sabe a dónde conduce esa salida?

—Lo ignoro —respondió Ana—. Es la primera vez que entro aquí.

Regresaron al punto de partida. En él había algunas cajas; se sentó Dan en una de ellas e indicó a la joven la que había enfrente para que hiciera lo mismo.

Apagó la linterna y quedaron a obscuras. Ningún rumor les llegaba del exterior. No obstante, ambos sabían que la policía había acudido a la casa en busca de algún objetivo concreto y que no la abandonarían hasta haberse cerciorado de que sus sospechas eran infundadas.

—¿Tiene familia en Viena? —preguntó Dan en voz baja, pero que el silencio que allí reinaba hizo perfectamente perceptible.

—No, no tengo a nadie —respondió Ana.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Dos meses.

—¿Cómo consiguió escapar?

Ana tardó unos instantes en contestar. Le intrigaba enormemente la curiosidad de aquel hombre, que, según sus propias manifestaciones, tanto tenía que temer de la policía.

—Me costó trabajo, pero al fin todo salió bien.

No le hizo nuevas preguntas. Ana tenía la certeza de que estaría reflexionando acerca de sus posibles intenciones al entrar al servicio de la condesa.

De nuevo brotó de sus manos el haz luminoso de la linterna. Dedicóse a pasearlo por el recinto que les servía de refugio hasta haberse cerciorado de la clase de objetos que se guardaban allí.

—¡Bah! —exclamó despectivo—. No hay otra cosa que antiguallas y objetos inútiles. Con esto no podríamos resistir un asedio demasiado largo.

—¿Quiere decir que pueden tenernos encerrados…?

Le oyó reír, divertido por su pregunta.

—No tema. De algún modo u otro ya saldríamos de esta ratonera. Tengo la seguridad que la policía se limitará a formular las preguntas de costumbre y se volverá con la misma tranquilidad con que vino.

Efectivamente, no había concluido de hablar, cuando escuchóse en el exterior el ruido que producía el armario al ser movido.

—Échese atrás, señorita Kossec —recomendóle Dan. No

podemos estar seguros de quiénes vienen a registrar el sótano.

Ana escuchó el ruido de la pistola al ser amartillada y retrocedió unos pasos hasta la misma entrada al pasadizo.

Una débil claridad penetró en el escondite y los dos jóvenes vieron recortarse en el umbral la figura de María Steiner.

—Pueden salir —les dijo haciéndose a un lado—. Ya no hay peligro.

Salió Dan y Ana le imitó.

—¿Me buscaban? —preguntó el muchacho, guardando el arma en el bolsillo.

—Sospecho que sí. Sólo me preguntaron si observé algo anormal en los jardines anoche. Andaban buscando a un individuo evadido de Polonia. Se trata de un peligroso contrabandista de drogas.

Dan echóse a reír y frotóse las manos satisfecho.

—¡Vaya! —exclamó, alegremente—. No confiaba despistarlos tan estupendamente.

Siguieron a la condesa hasta la planta del edificio.

—Vamos a salir, Dan —le dijo al joven—. Le llevaré a un lugar donde le proporcionarán documentación falsa. No podemos arriesgarnos a cada momento.

—Me parece bien —respondió el muchacho—. ¿Y la señorita Kossec?

—No la necesita —respondió María Steiner—. Prefiero que aguarde aquí. Pudiera llegar una visita.

Dan marchó al garaje a preparar el coche. Una vez el muchacho hubo salido llevó la condesa a la joven al saloncito del vestíbulo.

—No abra a nadie bajo ningún pretexto —le recomendó—. Es posible que llegue la visita de la que le he hablado. Se trata de… un pariente mío. Se llama Oswald y tiene una cicatriz en la frente. Si le es posible vigile lo que haga así como si le acompañan otras personas.

—Haré tal como desea, señora —respondió Ana, asintiendo con la cabeza.

Diez minutos más tarde salía el automóvil. Ana se refugió en una de las habitaciones del piso alto desde cuyas ventanas podía observar el jardín. Desde allí no le sería difícil vigilar los movimientos de cuantos se acercaran a la casa. No obstante, confiaba que nadie se presentara y si tal cosa sucedía, ya conocía la

clase de persona que podía sentir algún interés por la condesa.

Marchó, pues, a la habitación que María Steiner ocupaba. Estaba sencillamente amueblada y una ligera inspección la cercioró de que no era probable que allí estuvieran ocultas las joyas. Por otra parte, el hecho de haberla dejado sola demostraba que si estaban en la casa, habrían sido depositadas en un lugar seguro y a salvo de cualquier contingencia.

Pasó, luego, al gabinete donde María Steiner solía pasar la mayor parte de sus ratos. Constaba de una mesa de trabajo, un antiguo secreter y una estantería con profusión de volúmenes de todas clases. La inspección le llevó más de veinte minutos, pero no obtuvo de ella mejores frutos que en el dormitorio de la dueña de la casa.

Sucesivamente fue examinando las restantes dependencias de la parte alta del edificio.

Se disponía a bajar a la planta cuando unos golpes resonaron en la puerta. Se detuvo en lo alto de la escalera, inmóvil, con el corazón palpitando por el sobresalto recibido.

La llamada se repitió por dos veces más, insistente y premiosa.

Ana retrocedió hasta su observatorio del piso alto. No podía ven la puerta, pero no tuvo que aguardar mucho tiempo para cerciorarse de que quién llamaba no era otro que el hombre que la condesa parecía temer y que ya viera aquella mañana hablando con ella.

Efectivamente, apartóse unos metros del edificio y se quedó mirando hacia arriba. Luego Ana lo vio dirigirse hacia la derecha, donde estaba el garaje.

Cambió de observatorio y de este modo pudo sorprender al desconocido intentando abrir con una llave o una ganzúa la puerta de la pieza donde se guardaba el coche. Su maniobra tuvo éxito y violе Ana entrar en aquel lugar.

Inmediatamente se acordó de que el garaje tenía acceso desde el sótano. Ignoraba si aquella puerta había quedado abierta; en este caso, aquel hombre no encontraría dificultad alguna para entrar en la mansión.

Sin hacer ningún ruido bajó Ana a la planta. Dirigióse a la bodega y desde allí vio una claridad que llegaba desde el sótano.

La puerta estaba abierta y el hombre dedicábase a registrar

aquellos lugares. Le oía revolver, sin preocuparse del ruido que hacía.

Ana vaciló. Comprendía que era ya tarde para cerrar la puerta que desde el sótano conducía a la bodega. Oyó al hombre apartar el armario que había abajo y adivinó que conocía el secreto del pasadizo donde poco antes se habían ocultado.

Entonces comprendió Ana que lo que Oswald había ido a buscar allí era el cuerpo de Kurt. Había oído preguntar por él a la condesa y era evidente que sus explicaciones no le habían convencido.

Cerró con suavidad la puerta de la bodega, confiando que este obstáculo le hiciera desistir de entrar en la casa. Luego se retiró hasta las habitaciones del piso alto.

Al poco rato escuchó un gran estrépito. Oswald no se había molestado en abrir la puerta con la ganzúa como hiciera en el garaje. De un fuerte empujón había hecho saltar la cerradura y acababa de entrar en la bodega.

Desde la parte alta de la escalera le vio cruzar el vestíbulo y entrar en el saloncito. De allí pasó a las restantes dependencias. Su inspección era rápida, lo que convenció a la muchacha de que su interés estaba en descubrir el cuerpo de Kurt.

Cuando vio que subía la escalera, una sensación de angustia se apoderó de la muchacha. Habíase visto en ocasiones de peligro bastante más comprometidas que la actual. Sin embargo, no podía substraerse a un invencible temor causado por la proximidad de aquel hombre.

Fue a refugiarse en su habitación. Era posible que en ella no fuera a registrar el intruso; tal vez se conformaría con echar una ligera ojeada y alejarse convencido de que allí no estaba lo que había ido a buscar.

Sus pasos resonaban acompasados por los pasillos Se detenían unos instantes y proseguían en distinta dirección. Gradualmente escuchábalos Ana más cerca. Sin poderlo evitar fue hasta la puerta y dio la vuelta a la llave.

Al poco rato escuchó las pisadas de Oswald detenerse ante su habitación. Tanteó el picaporte y al advertir que no obedecía descargó contra la puerta todo el peso de su cuerpo.

Ana corrió a refugiarse tras unos cortinajes. Un nuevo embate contra la puerta la derribó. Los pasos fueron hasta el armario,

retrocedieron al centro del cuarto y se detuvieron.

—¡Salga de ahí o disparo! —conminó una voz áspera y amenazadora.

Comprendió Ana que había sido descubierta y optó por obedecer.

Oswald estaba ante ella, empuñando una pistola y mirándola con un gesto de evidente curiosidad.

—¿Quién es usted? —preguntó, guardándose el arma al advertir que ella estaba desarmada.

—Gisel Kossec —respondió haciendo acopio de valor—. Soy la doncella de la condesa Steiner.

—¿Por qué se ha escondido?

—Tuve miedo. Estaban todas las puertas cerradas y fin embargo, usted ha entrado en la casa.

El hombre sonrió. Paseó la mirada por la habitación como si esperara encontrar a alguien más en ella.

—Sospechaba que había quedado usted aquí. María salió acompañada del chofer… ¿Qué sabe de Kurt? —preguntó bruscamente, como si con ello esperara sorprenderla.

—¿Kurt? —repitió Ana, extrañada—. No conozco esa persona.

—Kurt ha estado aquí —añadió el hombre recalcando cada una de sus palabras—. No conseguirá engañarme y le advierto que le conviene decirme todo cuanto sepa.

—Es cuanto sé… Tenga en cuenta que no hace todavía veinticuatro horas que llegué a esta casa.

—Sin embargo, él ha estado aquí —continuó Oswald sacando del bolsillo un encendedor y mostrándolo a la joven—. Esto es de él. Lo hallé en el garaje, debió caérsele de uno de los bolsillos. ¿Ha visto por alguna parte manchas de sangre?

—No, no las he visto —denegó firmemente.

Oswald se acercó a ella. Había tal expresión en su mirada que Ana retrocedió asustada.

—¿Qué ha venido a buscar aquí? —preguntó repentinamente.

—Nada. Sólo deseo trabajar. Se me ofreció esta oportunidad y la aproveché.

—No me engañará tan fácilmente —continuó avanzando aún más—. Sé lo que anda buscando, lo mismo que ese tipo que conduce el coche. ¡Todos andan buscando lo mismo! ¡Sólo Kurt

podría decirnos lo que tanto nos interesa! Pero Kurt ya no podrá hablar. Han sellado sus labios con plomo y escondido su cuerpo en algún lugar seguro. ¡Ésta es la prueba que yo necesito!

Se detuvo como si acabara de asaltarle un súbito pensamiento. Ana vigilaba cada uno de sus movimientos mientras aguardaba la oportunidad de poder escapar.

—¿Por qué no me ayuda? —prosiguió cambiando el tono de sus palabras—. Si está dispuesta a ayudarme sabré recompensarla cumplidamente. No tendrá motivo para arrepentirse.

—Ignoro cómo podría hacerlo —respondió.

—Ayudándome a encontrar el cuerpo de Kurt. La condesa Steiner tiene grandes motivos para desear que no aparezca. Es una fortuna inmensa la que supone su desaparición.

—No sé nada de ese Kurt —insistió Ana—. Aun cuando lo deseara no veo el modo de ayudarle.

La mirada de Oswald tornóse sombría y amenazadora.

—¿Qué le ha prometido María? ¿Una buena parte en sus negocios y sacarla de Austria para librarla de quienes la andan buscando?

Ana limitóse a negar, en silencio.

—Está bien —continuó el hombre—. Yo puedo ofrecerle mucho más. Tenga por seguro que jamás se arrepentirá de haberme ayudado. La sacaré de este infierno y la dejaré en Suiza, en Francia… en los Estados Unidos si lo prefiere. La colmaré de riquezas; nada tendrá que envidiar a las mujeres más halagadas. Se trata de una fortuna cuantiosa. María Steiner se ha desembarazado de Kurt para quedársela. Ahora intenta hacerme creer que ha sido Kurt quien ha escapado llevándose las alhajas. Pero yo sé que no es cierto. Kurt jamás me hubiera engañado; sólo tenía un defecto y era el de estar excesivamente enamorado de María. Esto habrá sido su perdición. Él no conocía bien a la Steiner y yo sí.

Ana lo observaba con creciente curiosidad. Aquellas palabras iban tejiendo en su cerebro la complicada trama de una criminal aventura de ambiciones, de odios y también de amor. Los eternos elementos de toda intriga se daban en aquella ocasión en la que no podía faltar el crimen hábilmente planeado y el engaño para acaparar un fabuloso tesoro, robado en los azarosos días de agitación de la nación vecina. Aparte de las órdenes recibidas de sus

superiores y cuyo cumplimiento le estaba encomendado, el descubrimiento de las joyas y su depósito en lugar seguro encerraban un cierto aspecto sentimental que, como nacida en Hungría, no podía en modo alguno eludir.

Pensó que la única posibilidad de aplacar a Oswald era fingir una ayuda a sus planes. Ello le proporcionaría un respiro y quizás facilitaría singularmente su labor. No ignoraba que eran varias las personas interesadas en apoderarse de aquel valioso tesoro. Incluso Dan, el desertor del Ejército, con su aire despreocupado e indiferente, podía haber llegado allí guiado por la misma intención que Oswald y el propio Kurt.

—Creo… que me interesa todo cuanto ha dicho —habló al fin.

—¿Querrá ayudarme? ¿Me dirá qué se ha hecho de Kurt?

—Intentaré averiguarlo —concedió—. Necesito algún tiempo…

—Está bien —asintió Oswald—. Volveré cuando no esté aquí la condesa. Debo evitar que siga recelando. ¿Cómo le será posible avisarme?

—Dejaré una señal hecha con tiza en la columna de la derecha de la puerta de entrada. Cuando la vea habrá llegado la hora de darle a conocer lo que haya averiguado.

Oswald pareció conformarse. Murmuró unas palabras de despedida y salió del cuarto.

Hasta que le oyó bajar las escaleras no se atrevió Ana a imitarlo. Asomóse a una de las ventanas que daban sobre la marquesina de la entrada y desde allí vio a Oswald alejarse por un pequeño sendero, que quedaba medio oculto en la descuidada espesura del parque.

CAPÍTULO V

El automóvil que conducía Dan desvióse por una estrecha calleja y a una indicación de María Steiner fue a detenerse a poca distancia de una casa de humilde aspecto, ante la que jugaban unos chiquillos pobremente vestidos.

—Hemos llegado —dijo ella, arreglando con un gesto de coquetería los rebeldes rizos de su cabello—. Ésta es la casa.

Dan miró el edificio con una mueca de curiosidad y paró el motor.

—¿Está segura de esa gente? —preguntó al tiempo que abría la portezuela para que la mujer pudiera descender.

—No tema —repuso—. Todos tienen motivos para atenderme y guardar un silencio absoluto. No tardará en advertirlo.

Una mujer de avanzada edad abrió la puerta y con obsequiosa reverencia hízoles pasar a un cuartito humildemente amueblado.

—Werber no tardará en llegar —les dijo mientras les ofrecía unas sillas—. Está en el bar, cerca de aquí, y ya he mandado a un chiquillo para avisarle de que lo están aguardando.

Les dejó solos y salió.

No habían transcurrida cinco minutos cuando un individuo bastante joven entró en el cuarto. Dirigió una mirada escrutadora a sus visitantes y al ver a la condesa sonrió con gesto amable.

—Buenos días, señora —saludó inclinándose ligeramente.

Luego envolvió a Dan en una mirada de desconfianza.

—Hola, Werber —correspondió María Steiner—. Este joven trabaja a mis órdenes y no debes desconfiar de él. Se llama Dan.

Werber asintió sin apartar los ojos del joven. Por su parte, Dan mostrábase indiferente. Sacó una cajetilla y ofreció un cigarrillo a Werber, que aceptó sin vacilar.

—¿Qué es lo que desea?

—Dan es un desertor del Ejército —explicó la condesa—.

Necesito que le proporciones documentos que le protejan contra cualquier contingencia.

—¿Qué hace ahora?

—Lo tengo a mi servicio, como chofer. Voy a necesitarle y quiero que pueda sentirse seguro.

El joven rascóse la barbilla, mientras reflexionaba.

—Se podrá arreglar —dijo simplemente—. Tiene que facilitarme algunos datos.

Respondió Dan a las preguntas del muchacho. Pidióle este unas fotografías y le hizo estampar en un papel sus huellas digitales.

—Mañana lo tendré todo arreglado —prometió.

María Steiner le entregó unos billetes que el otro guardóse rápidamente, sin molestarse en contarlos. Limitóse a murmurar unas palabras de agradecimiento.

Ya en la calle, María Steiner indicó a Dan que la llevara a pasear por las solitarias avenidas del Prater.

—No me gusta meterme en las fauces del oso —comentó Dan, desconfiado.

—No ha de ocurrimos nada —tranquilizóle ella—. Tengo buenas amistades en la Kommandantura de la Ringstrasse.

Dan movió la cabeza, receloso, pero no hizo ningún comentario. Puso el motor en marcha y se dirigió hacia el lugar indicado por la condesa.

En aquella hora apenas si había nadie paseando entre sus frondas. María Steiner, sentada a su lado, mirábalo todo con singular delectación, como olvidándose del torbellino en que su vida se agitaba.

A un gesto de la mujer, Dan detuvo el coche y procedió a encender un cigarrillo.

—¿Le gusta la vida agitada, Dan? —preguntó María Steiner sin dejar de mirar al frente, hacia donde un seto de arbustos ponía un trazo de oro sobre un fondo esmeralda y azul.

—Si encierra un cierto atractivo, sí —respondió él, observándola de reojo.

—Tal vez preferiría otra clase de existencia. Sin demasiadas preocupaciones ni el temor de algo imprevisto que a cada instante amenace surgir y echarlo todo a rodar. Una vida fácil, alegre… en un lugar apacible y hermoso…

—No es posible dudar en la elección.

—¿Prefiere la última?

—Deme la oportunidad y se convencerá.

La condesa se volvió hacia su acompañante y colocó una mano en su brazo.

—Seamos sinceros, el uno con el otro, Dan —habló casi en un murmullo—. Usted necesita de mí… y yo necesito de usted. Es una situación sencillamente absurda el que una condesa se enamore de su chofer, pero lo cierto es que de vez en cuando suele suceder. Además… los acontecimientos han trastornado las costumbres y el mundo gira en sentido contrario a como siempre lo hizo. ¿Por qué se ríe? —añadió al observar la mueca de estupor que acababa de aparecer en el rostro del muchacho—. ¿Acaso cree que estoy bromeando?

—¡Oh, no! ¡De ningún modo! —protestó él rápidamente—. Me parece muy natural… Únicamente que no estaba preparado y… Bueno, no debo negarle que es ésta una aventura que comienza a seducirme.

—¿Estaría dispuesto a venir conmigo al extranjero?

—¿A qué país? —inquirió el joven, intrigado.

—¡Oh, no tema! —tranquilizólo ella con un ademán—. Si no deseaba ir a los Estados Unidos no iríamos allí. Hay otros países que encierran un especial encanto y en los que podríamos refugiarnos. Italia o España, por ejemplo. Nadie tratará de indagar allí nuestra procedencia. Nuestra calidad de refugiados nos ofrecerá una garantía suficiente.

—¿Y nada más?

—¿Nada más? —repitió ella, sin comprender—. ¿A qué se refiere?

—Para salir de aquí y meternos en algún país de ésos no bastarán unos papeles y una promesa formal de abstenernos de intrigar; necesitamos algo más substancial. Aun cuando yo me pusiera a trabajar dudo que llegáramos a conseguir esa existencia fácil y apetecible de que antes habló.

—¿Se refiere al dinero?

—Al dinero o lo que sirva pura allanar nuestras dificultades. Aquí, por el momento, no lo pasamos demasiado mal, aun cuando viva uno en un continuo sobresalto.

Ella echóse a reír y su mano acarició la mejilla del joven, como si se tratara de una criatura.

—¡Qué ingenuo es usted, Dan! ¿Y creía que yo iba a dar un paso así sin tenerlo todo previsto? Por lo que se refiere, a esta cuestión puede estar tranquilo, no se vería obligado a tener que trabajar. Antes al contrario. ¿Le gustaría disponer de un chofer que atendiera sus órdenes?

—¡Diablo! —exclamó él, saltando en su asiento—. ¿No estará bromeando? ¿Ha dicho que un chofer para mí?

—Un chofer y otras personas que estén atentos a sus menores caprichos…

—¿Y usted sola iba a conseguir todo esto?

—Estoy en condiciones de conseguirlo —aseguró.

Brillaban sus ojos de un modo extraño y tenía el rostro peligrosamente cerca del de Dan.

—No sé si estoy soñando —murmuró él, pasándose una mano por los ojos—. Temo no haber entendido bien.

Ella entornó los ojos y sus labios se contrajeron hasta formar una roja línea que le daba un aspecto de diabólica belleza.

—Ha entendido bien, Dan —dijo lentamente—. Estoy enamorada de usted y creo que también usted lo está de mí. Le acabo de hacer una oferta excepcional; aceptándola realizará el mejor y más ambicioso sueño de su vida. Si se niega… si se niega. Dan, puede costarle muy caro. Ya sabe que en Viena la vida de un hombre carece, actualmente, de valor.

—No me hable de cosas tristes —protestó él, sonriendo—. Le aseguro que se me pone piel de gallina.

—No se alarme —imitóle María Steiner mostrándole la deslumbrante blancura de sus dientes—. Sólo le señalaba el precio de cuanto yo le puedo ofrecer.

—Bien —apresuróse él a concretar—. Dígame lo que debo hacer. Su ofrecimiento es demasiado tentador para detenerme a considerarlo.

Ella sacó de su bolso un cuaderno de notas y un lápiz. Con singular maestría trazó un rápido boceto de un rostro de hombre. Lo contempló unos instantes y tras unos ligeros retoques lo mostró a Dan.

—¿Conoce este hombre?

Dan tomó el cuaderno que le ofrecía y examinó atentamente el apunte.

—No —respondió—. Es la primera vez que lo veo.

—Se llama Oswald —explicó María Steiner—. Es el hombre que puede destruir mis proyectos y con ellos mi felicidad. No queda otra alternativa que hacerlo desaparecer.

—Ya entiendo —habló Dan, tragando saliva—. Debo ser yo el que lo quite de en medio.

—La recompensa bien lo vale —asintió—. Será todo tan sencillo…

Dan dio unas chupadas al cigarrillo y lo arrojó al camino.

—Haré cuando me diga —prometió—. Necesito saber dónde encontraré a ese hombre.

Ella le miró, dejando asomar una extraña sonrisa en la comisura de los labios.

—Lo encontrará en el momento oportuno —aseguró—. Ya le avisaré cuando deberá cumplir lo que le pido. Ponga el coche en marcha —añadió señalando hacia el frente—. Es ya hora de regresar.

Abandonaron el sector del parque y se adentraron por las calles de la ciudad.

—¿No cree que habrá que prescindir de la doncella? —preguntó Dan, al cabo de unos minutos de silencio.

—¿Se refiere a Gisel?

El muchacho hizo un leve movimiento, afirmando.

—Yo me encargaré de ella —continuó María Steiner—. Una vez haya dejado Oswald de ser un estorbo buscaré para ella un lugar apacible y silencioso. Se lo prometí y debo cumplir mi palabra.

—¿Qué lugar es ése? —inquirió él, intrigado.

—No habrá que salir de la mansión —sonrió la condesa—. Bajo sus cimientos existen lugares de los que no es posible salir por sí mismo. Sólo Oswald conoce su existencia y pronto ni siquiera correremos ese riesgo.

Dan permaneció silencioso. Esperaba que la condesa fuera más explícita, más al advertir que parecía haber olvidado aquel tema decidióse a insistir.

—Sería preferible que la dejara irse. No creo que pueda perjudicarla en nada.

—Se equivoca.

—¿Qué puede temer de ella?

—Bastante más de lo que supone. He averiguado que ha suplantado la personalidad de la mujer que me enviaba la agencia.

—¿Cómo dice?

Se había vuelto súbitamente hacia ella y mirábala con ojos de verdadero asombro.

—Que esa joven se hace pasar por la señorita Kossec. He fingido ignorarlo, ya que me interesa desenmascarar sus planes, pero habiendo cambiado mis proyectos no me queda otro recurso que hacerla desaparecer.

—¿Qué puede haber venido a buscar? —preguntó Dan, con una mueca de asombro.

María Steiner se sonrió, enigmática.

—Viniendo de Hungría me basta para sospechar de sus intenciones.

—Veré de facilitarle esta labor —asintió Dan acelerando el coche—. Tan pronto haya dado cuenta de ese Oswald…

Contrariamente a cuánto había supuesto, Oswald no compareció en todo aquel día ni en el siguiente. Ello causó a María Steiner cierto desasosiego; esperaba verle de nuevo por el castillo, rondando receloso por los jardines y husmeándolo todo en busca de algún indicio que le revelara el paradero de Kurt.

Al tercer día comunicó a Dan su decisión. Había solucionado los inconvenientes de mayor monta y confiaba tenerlo todo dispuesto para poder abandonar el país antes de una semana.

Aquella tarde recibió la visita de un oficial soviético. Era la tercera vez que veía a dicho personaje por allí. A Dan no le cabía la menor duda de que había sido él quien intervino eficazmente para solucionar la cuestión de los pasaportes.

María Steiner le anunció que saldría en compañía del oficial y que no regresaría hasta pasada la medianoche. Le obsequió con una sugestiva sonrisa y se alzó sobre la punta de sus pies para permitir que él la besara. Con ello esperaba disipar sus recelos y el malhumor que temía despertar en el muchacho.

No bien hubo la condesa abandonado la mansión, el muchacho fue hasta la biblioteca donde se hallaba Ana leyendo un libro.

—Esta noche tiene autorización para salir conmigo —le dijo

acercándose a ella—. ¿Se lo ha dicho la condesa?

Ana miró al muchacho y denegó, asombrada.

—No tengo ningún deseo de salir —respondió—. Hágalo usted sólo si le parece bien.

—Tendrá que hacerlo, aún cuando no lo desee —insistió Dan, tranquilamente—. Esta noche se preparan aquí ciertos acontecimientos y será preferible que no haga el papel de mudo testigo.

—¿Y a dónde quiere que vaya? —preguntó, furiosa.

—A cualquier parte. Lo esencial es no encontrarnos aquí.

Ana dejó el libro que estaba leyendo y se puso en pie.

—No iré con usted a ninguna parte —declaró firmemente—. Desde su llegada a esta casa, sospecho la naturaleza de los móviles que le impulsaron a fingir que era perseguido.

—¿Qué ha querido insinuar?

Ana se dio cuenta de que había cometido una imprudencia, pero era ya tarde para intentar enmendarla. Quiso echar a correr para refugiarse en su cuarto y, no bien lo hizo, Dan salto hacia ella cogiéndola de un brazo y obligándola a retroceder.

—¡Suélteme! ¡Déjeme ir o gritaré! —exclamó, asustada.

—Vendrá conmigo de grado o por la fuerza.

Se revolvió furiosa y descargó contra el rostro de Dan tan fuerte golpe que éste, sorprendido de momento, aflojó la presión de sus dedos y permitió que se escabullera. No obstante, apenas había salido al corredor cuando ya la alcanzaba de nuevo.

Esta vez no se anduvo con demasiadas contemplaciones. La mano que tenía libre tapó su boca para impedir que pudiera gritar en demanda de auxilio. Casi inmediatamente sacó un pañuelo y pese a la resistencia que ella oponía, lo colocó a modo de mordaza, anudándolo en la nuca.

Por primera vez estaba Ana terriblemente asustada. No esperaba aquella agresión de Dan. Todos sus esfuerzos por resistirse terminaban en un gemido de impotencia y desesperación. Rabiosamente intentaba defenderse con las manos y los pies, mordiendo incluso; sin embargo, iba siendo reducida inexorablemente por aquel ser salvaje y despiadado. Poco a poco vio mermadas sus posibilidades de éxito. Dan la tenía acorralada contra la pared y se esforzaba ahora en ligar sus manos. Conseguido

esto hizo lo mismo con los pies y Ana quedó convertida en un fardo inerte que aun exteriorizaba su rabia con violentas contorsiones, que sólo conducían a fatigarla irremisiblemente.

Dan se puso en pie y enjugóse el sudor que corría por su frente.

—¡Diablos de mujer! —exclamó, admirado por su tenacidad y rebeldía—. Jamás hubiera sospechado que un cuerpo así encerrara tanto brío.

La mirada que le dirigió la muchacha demostraba claramente el odio que encerraba. De haber podido gritar le hubiera echado en cara su desfachatez. ¿Qué podía decir él de su cuerpo cuando en todos había arrancado a su paso frases de admiración y elogio?

Era indudable que Dan no se sentía satisfecho del todo ya que salió por unos segundos del cuarto y volvió provisto de una cuerda fina y resistente. Con ella procedió a reforzar las ligaduras y a unir las manos que llevaba sujetas a la espalda, con los pies, hasta obligarle a doblar las piernas hacia atrás. De este modo no le quedó a Ana más que la cabeza para moverla con alguna libertad.

Como si se tratara de un peso liviano, Dan cargóse a la muchacha sobre el hombro y bajó al garaje. Depositó a la joven sobre el asiento del coche y cuando se dirigía a poner el motor en marcha advirtió que una sombra surgía de la obscuridad y saltaba sobre él.

La rapidez de la agresión no le dio tiempo más que para agacharse y así aminorar el impacto del cuerpo que se le venía encima.

Rodaron les dos hombres por tierra, estrechamente enlazados. Solamente el golpe sordo de sus puños y el jadear de las respiraciones alteraban el silencio de aquellos lugares.

Desde el interior del vehículo, levantando forzadamente la cabeza, asistía Ana como espectador único a la brutal lucha entre los dos hombres. Ella sabía que se trataba de Oswald, el hombre que había entrado allí y que, indudablemente, acudía ahora en su ayuda para que ella, a su vez, le revelara cuánto sabía de Kurt y de los planes de la condesa Steiner.

No obstante, si esperaba que Dan acabara hundido por la contundencia de los puños de su antagonista, sus ilusiones sufrieron un duro golpe. Pronto se dejó ver la diferencia que existía entre los dos hombres y que sus esperanzas de ver a Dan reducido por su

antagonista eran cada vez más escasas. Hasta que un formidable directo al mentón de Oswald puso fin a la pelea.

Vio al muchacho arrastrar el cuerpo de su contrario hasta dejarlo encerrado en el sótano. Luego regresó sin perder un instante al coche y puso el motor en marcha.

Cinco minutos más tarde rodaban por las poco concurridas calles de la ciudad. Ana no podía ver los lugares que recorrían. Ignoraba lo que Dan se había propuesto, pero era evidente que veía en ella a una rival en su deseo de apoderarse de las joyas y había resuelto quitarla de en medio para no encontrar nuevos estorbos en su proyecto.

La escasa iluminación de los lugares por dónde ahora pasaban le dio a entender que se encontraban en las afueras. Oyó silbar una locomotora y algo más cerca, chirriaron las cadenas de una grúa.

El automóvil cruzó un paso a nivel y se adentró por un camino descuidado, a juzgar por los tumbos que iba dando. La marcha había aminorado considerablemente y pronto distinguió Ana las siluetas obscuras de los vagones.

Luego el coche se detuvo.

Antes de apearse, Dan atisbo a derecha e izquierda, asegurándose de que no había nadie por aquellas inmediaciones. Un silencio profundo los envolvía y sólo a intervalos silbaban las locomotoras en algún punto no muy lejos de allí.

Al fin apeóse Dan y se alejó. Ana quedó sola, impotente para intentar la huida. El más leve movimiento le producía un fuerte dolor en las manos y los pies. Además, la postura incómoda y violenta que las ligaduras le obligaban a guardar, causábale una angustia insoportable.

No tardó Dan en regresar. Miró a todas partes, asegurándose de que nadie podía verle, y abrió la portezuela.

Con sumo cuidado sacó a la muchacha del vehículo y tomándola en brazos echó a andar hacia delante. A pesar de su incómoda posición podía Ana divisar una doble hilera de vagones de mercancías. Marchaban paralelamente a las dos vías y en el pensamiento de la joven bullían las más diversas y disparatadas conjeturas.

La posibilidad de que Dan pudiera depositarla entre los raíles de la vía, en espera del paso de un convoy, hizo que un escalofrío de

horror recorriera su espalda.

Pronto el joven se detuvo. Depositóla en el suelo y corrió una de las puertas del vagón. Cercioróse una vez más de que nadie había observándole y tomando nuevamente entre sus brazos el cuerpo de la muchacha lo colocó en el interior.

Ana descubrió allí un montón de fardos de heno. Dan encendió una lamparita de bolsillo y por unos instantes estuvo inspeccionando aquel lugar. Al fin halló un hueco entre los fardos y en él dejó a la muchacha.

Se sentó él sobre un fardo y enjugóse una vez más el sudor de su rostro.

—Bien, señorita Kossec —habló con cierto deje irónico—. Vamos a separarnos y es muy posible que no volvamos a encontrarnos, No debo ocultarle que esta separación me produce un extraño sentimiento. Sí —continuó como hablando consigo mismo—, aunque no lo crea, siento separarme de usted, así como lamento haber tenido que emplear unos procedimientos poco correctos. De haberse tratado de un hombre no hubiera tenido consideraciones de ninguna clase, pero con usted… con usted no podía hacerlo. Por ello me limito a enviarla a lo desconocido. Un viaje de un par de días a lo sumo y… ya darán con usted. Entonces podrá volver junto a sus compinches y decirles con esa carita de buena y de deliciosa candidez que no le ha sido posible averiguar el paradero de las joyas… ¡Es una lástima! ¿Verdad? —sonrió burlón—. Ahora que todo iba por buen, camino y estaba a punto de averiguarlo… De todos modos ha sido mejor. Sí, ciertamente, que ha sido mejor. María Steiner le preparaba una suerte bastante menos apetecible. De ningún modo podía permitir que esa hiena se cebara en usted. Ella sabe que ha suplantado la personalidad de la verdadera Gisel Kossec y que su finalidad no era otra que la de encontrar las joyas.

A pesar de su extraña situación Ana no dejaba de experimentar un verdadero asombro. Aquel hombre sabía de ella mucho más de lo que hubiera sospechado, y lo que era más notable, que María Steiner había descubierto su plan.

Dan se inclinó hacia ella y cogióla de la barbilla, con un gesto que hubiera podido ser cariñoso de no haber mediado su diabólica intervención.

—Siento tener que dejarla aquí, pero tengo todavía mucho que

hacer. La condesa Steiner regresará dentro de poco y debo estar allí. Hay, además, el tipo que intentó sorprenderme, pero a ése le reservo una sorpresa.

Dejó que el haz de luz de la linterna se deslizara por el rostro de Ana y se sonrió al observar, los guiños que ella hacía, deslumbrada.

Al fin apagó la linterna y la guardó en el bolsillo.

—Adiós, jovencita —le dijo—. No quiero marcharme sin darle un consejo sincero. Cambie de aires y de amigos y búsquese un trabajo menos expuesto y más honrado. Algún día me lo agradecerá.

Miró hacia fuera y se dirigió a la salida. Allí se detuvo indeciso. Luego regresó junto a la joven.

—Si necesita alguna vez ayuda no deje de acudir a mí. Me hallará en las oficinas de los Servicios Estratégicos del Ejército de los Estados Unidos. ¿Ha oído hablar del
O. S. S.?
Pues allí estaré. Mi nombre es Steve Graymore. El coronel Nutton la atenderá si se da la circunstancia de que estoy ausente. ¿Lo recordará?

Ana sintió que su corazón comenzaba a latir con desusada violencia. ¡Nada menos que Steve Graymore, el hombre a quien el coronel Nutton consideraba como muerto, se hallaba ante ella, mirándola con una sonrisa de conmiseración que no podía ser fingida! Experimentó una inmensa alegría y todo su ser se sublevó contra aquella anómala situación. Ansiaba gritar, proclamar allí mismo que ella no era lo que el muchacho creía, pero sólo un leve gemido se oyó a través de la fuerte mordaza que tapaba su boca.

—No se desespere, señorita, que ya la sacarán de aquí —apaciguóla él, interpretando equivocadamente su rebeldía—. Ahora debo irme antes de que María Steiner vuelva a la casa.

Retrocedió sin hacer caso de las contorsiones a que Ana sometía su cuerpo y saltó fuera del vagón. Sin detenerse regresó a donde dejara el automóvil, emprendiendo el viaje al interior de la ciudad.

En el sótano de la mansión halló a Oswald, semiinconsciente aún. Por el momento constituía para él un estorbo y le obligó a entrar en el pasadizo subterráneo donde la condesa les ocultara cuando la llegada de los soldados de la policía militar. Luego cerró la puerta y volvió a colocar el armario como lo encontrara.

En la casa no había nadie. María Steiner no había aun regresado, pero ya no podía tardar en hacerlo.

Efectivamente, diez minutos más tarde la vio acercarse por la avenida. Llegaba sola y parecía tener mucha prisa.

—¿Dónde está Gisel? —preguntó al joven.

—Debe estar en su habitación —respondió él—. Salí a buscar unos cigarrillos y al regresar ya no la vi.

Subió ella hasta las habitaciones del piso superior, de las que regresó al poco rato. Parecía preocupada a juzgar por la gravedad de su semblante.

—No está por parte alguna —le dijo—. Ha debido marcharse.

—¿La preocupa que no pueda volver?

Ella denegó y terminó por echarse a reír.

—Ahora ya no puede inquietarme. Antes de que amanezca habremos alcanzado un lugar seguro fuera del alcance de nuestros enemigos.

—¿A dónde piensa ir?

—Lo sabrás cuando lleguemos. No sigas haciendo preguntas indiscretas, Dan.

Él guardó silencio. Con las manos hundidas en los bolsillos se entretuvo recorriendo el saloncito de un extremo al otro.

—Sería conveniente que fueras en busca de gasolina. No podremos entretenernos cuando llegue nuestro amigo.

—¿Nuestro amigo? —repitió él, extrañado.

—No seas curioso y haz lo que te digo, Dan. Procura no entretenerte.

Sacó el coche del garaje y fue hasta el garaje, más próximo. No había esencia y allí le indicaron que debería dirigirse a la Wilhelmstrasse.

Entonces se le ocurrió ir a ver a Nutton. Necesitaría de su ayuda y no podía fiar al azar una jugada de tantísima importancia como la que en aquellos momentos se estaba planeando.

Vio luz en su despacho y adivinó que todavía estaría trabajando. Dio una contraseña al centinela y subió hasta el segundo piso del magnífico edificio donde estaban instalados los servicios de la famosa organización auxiliar de los servicios del Ejército.

Nutton se hallaba tras su mesa de trabajo cuando entró en el, despacho. Por unos instantes lo miró extrañado, sin reconocerlo. El

joven avanzó unos pasos hasta que la luz de la lámpara dio de lleno en su rostro.

Entonces el coronel lo reconoció. Se puso en pie rápidamente y clavó en el recién llegado su mirada escrutadora.

—¿Es usted Graymore o los muertos vuelven del otro mundo para vengar los crímenes cometidos?

CAPÍTULO VI

Steve Graymore avanzó unos pasos más hasta apoyar las manos en la mesa de trabajo tras la que se parapetaba el coronel Nutton. Sonrió levemente, gozándose en su sorpresa y terminó por tenderle la diestra.

—¿Cómo está, coronel? —lo saludó—. Los espíritus que regresan del otro mundo no pueden ser de carne y hueso. Ahí tiene mi mano para comprobarlo.

Nutton estrechó la mano que le tendía. Dio la vuelta a la mesa y llegóse junto al muchacho.

—¡Diablos de chico! ¡Pero si te sacaron del río rígido y helado como un témpano!…

—Sacaron a otro, coronel. Un pobre diablo que llevaba en los bolsillos unos papeles a mi nombre. ¿Creía que a Steve Graymore se le podía barrer con tanta facilidad?

Nutton colocó una mano en el hombro del joven.

—No sabes la alegría que me das. ¿Por qué no me cuentas cómo ocurrió aquello?

Llevó al joven a un rincón de la pieza, donde había un tresillo, y lo hizo sentar en uno de los butacones.

—Sólo dispongo de unos minutos, coronel —le advirtió Graymore—. Esta noche se da la batalla decisiva.

—Entonces…

—La condesa Steiner es quién está en posesión de las joyas —explicó el muchacho—. Lo sospeché tan pronto averigüé que había regresado a Viena. Se hallaba en el compartimiento que ocupaba el emisario húngaro.

—¿Sabes lo que se hizo de él?

Graymore se encogió de hombros.

—Lo ignoro. No cabe duda que le despojarían de las joyas y lo arrojarían luego a la vía.

—¿No descendió, pues, en el cruce de Ulbach?

Denegó el muchacho, firmemente.

—Se me ocurrió hacerlo y ya ve las consecuencias.

Y Graymore señaló la herida de la sien.

—Quieres decir que estaban aguardando a nuestro hombre. ¿No es eso?

—Debió ser así. Apenas puse el pie en tierra me recibieron con unas salvas que por poco terminan con mi trabajo.

—¿Pero no te echaron al río?

—No cabe duda que eso hicieron. Recobré el conocimiento al sentir que faltaba aire en mis pulmones. Estaba cerca de la orilla y tras algunos esfuerzos conseguí llegar a ella. Entonces observé que muy cerca de donde me encontraba, un objeto obscuro flotaba sobre las aguas.

—¿Un cadáver?

Asintió Graymore.

—Se trataba de un hombre joven, aproximadamente de mi edad. En un instante cruzó por mi pensamiento la idea de poner en sus bolsillos mis papeles. Y así lo hice.

Nutton quedó pensativo. Con gesto maquinal sacó un cigarrillo y lo llevó a los labios. Inmediatamente se dio cuenta de su distracción y ofreció la cajetilla a Graymore.

—¿Qué ha estado haciendo en estos últimos tiempos? —preguntó.

—He conseguido colocarme de chofer con la condesa. Las cosas van por buen camino y confío que antes de que transcurra mucho tiempo habré averiguado el paradero de las joyas. Tal vez esta misma noche…

—¿Y Ana? ¿Sabe Ana lo que buscabas allí?

—¿Ana? —murmuró Graymore, extrañado—. ¿Quién es Ana?

—La mujer que entró al servicio de la condesa, Ocupa el lugar de una húngara llamada Kossec. Gisel Kossec.

—¿Gisel Kossec? ¿Qué clase de mujer…?

—Ana es una joven agente del

C. I. C.

Conseguimos que entrara al servicio de la condesa Steiner. Forzosamente has tenido que encontrarla allí. ¿Qué te ocurre, Steve? ¿No te encuentras bien?

Graymore estaba pálido. La revelación del coronel Nutton acababa de asestar un duro golpe a su perspicacia. ¿Cómo podía imaginar que la sencilla Gisel no era la mujer al servicio de los agentes húngaros, sino una activa y abnegada muchacha del «Counter Intelligence Corps» en el Ejército?

Pensó que en aquellos momentos continuaría entre los fardos de heno, en un vagón de mercancías que había de partir para un destino ignorado. Y había sido él mismo quien la impidiera terminar su arriesgada labor. ¡Buena se iba a armar cuando, libre ya de sus ligaduras, se presentara en el Cuartel General para revelar aquella prueba irrefutable de su torpeza!

—Debo marcharme, coronel —murmuró levantándose con presteza—. Un minuto que desperdicie puede ser decisivo para llevar a buen término esta empresa.

—¿No necesitas alguna ayuda, Steve? —le preguntó su superior.

—No hace falta. Me las arreglaré como pueda. Podría echarse todo a perder.

Marchó a la puerta seguido del coronel.

—Cuida de que no le suceda nada a Ana —le recomendó Nutton antes de que comenzara a bajar la escalera—. Es una buena chica y sentiría que le ocurriera algún percance.

—Lo haré así, coronel —prometió—. Buenas noches.

Salió a la calle y marchó a donde había dejado el coche. Un apremiante dilema se le presentaba. María Steiner estaría ultimando los preparativos para la huida. Abandonarla en aquellos momentos significaba renunciar al fruto de su constancia y tesón. Por el contrario, acompañando a María Steiner hasta dejar el país podía ocasionar un serio percance a la joven inmovilizada en el interior de un vagón de mercancías.

Decidió telefonear a la condesa y retrasarse con algún pretexto que le diera tiempo de libertar a Ana Zylah.

Halló un establecimiento abierto y desde él llamó a la mansión de María Steiner. Nadie contestaba y por unos instantes temió que hubiera salido de allí, pero al fin oyó la voz de la condesa responder desde el otro extremo del hilo.

—Sospecho que están vigilándome —le dijo—. Hay un coche siguiéndome desde el puesto de gasolina. ¿Cree que sería una imprudencia regresar ahí?

—Desde luego que lo sería —respondióle la condesa—. Haz todo lo posible por despistarles.

—¿Dónde nos encontraremos?

—Aquí mismo. Sería conveniente dejar el coche en algún lugar cerca de aquí y acercarte procurando que nadie te vigile. Estaré aguardando junto a la puerta del garaje. Cuando vengas silba tres veces, de este modo sabré que eres tú.

Colgó el auricular y salió del establecimiento. Sin perder un instante tomó la dirección de la estación del Este.

Allí le aguardaba una sorpresa. No se veía ni rastro del tren donde una hora antes había dejado a la muchacha.

Perplejo, miró a todos lados. Algunas locomotoras realizaban maniobras y muy bien pudiera ser que los vagones en cuestión se hallaran en otra vía.

Maldíjose interiormente por su imprevisión al no fijarse en la numeración del vagón donde dejara a su prisionera. Ello habría simplificado enormemente la cuestión.

Había por allí cerca un puesto de señales. Veíase luz en el interior y no vaciló en ir a informarse.

El guardián que en aquellos momentos se encontraba prestando servicio se quedóle mirando, extrañado por su pregunta.

—Ese tren salió hace rato —contestó al fin—. Es un mercancías y va directo a la frontera húngara.

Le dio las gracias y regresó a donde dejara el coche.

En un momento vislumbró la gravedad de la situación. Ana Zylah, la joven agente del C. I. C., viajaba en aquellos momentos completamente indefensa en dirección de Hungría. Lo más probable era que el convoy sufriera un registro antes de entrar en el país vecino, más en todo caso la suerte de la joven dejaba mucho que envidiar.

Comprendió que debía realizar lo imposible por salvar a Ana. Se consideraba responsable de su angustiosa situación y tenía la obligación de remediarla. Cuando el asunto de las joyas requería su presencia en la capital, veíase precisado a relegarlo para salvar a la señorita Zylah de una suerte dura e infamante.

Consultó un plano de carreteras para orientarse acerca del trayecto a seguir. El punto más próximo en el que podría alcanzar el

convoy estaba en una localidad situada a poca distancia de Bruck, sobre el río Leith. Por mucho que se apresurara resultaba bastante problemático alcanzar al tren antes de su llegada a dicha ciudad. Tenía, pues, que intentar descubrirlo entre la mencionada población y la frontera del vecino país.

Lanzó el coche a una velocidad desenfrenada por la carretera que conducía al este. El tráfico era bastante reducido y sólo un riesgo le inquietaba: el encuentro con algún coche de la policía militar en cualquiera de los diferentes puntos de control del trayecto.

Consultó su reloj. Las manecillas marcaban la una y treinta y cinco minutos. A la marcha normal de un tren de mercancías tardaría unas tres horas en efectuar el recorrido hasta la frontera húngara. De no presentarse algún contratiempo sus esfuerzos podían conseguir el fruto deseado.

Llevaba poco más de una hora de marcha cuando descubrió al convoy. Avanzaba a regular velocidad y paralelamente a la carretera. Se hacía preciso trazar un plan rápido y decidido si quería llegar a un resultado práctico.

Pisó el acelerador y no tardó en dejar al convoy muy atrás. Hasta que descubrió un puente que cruzaba por encima de las vías.

Detuvo el coche a la entrada del mismo, más comprendiendo que no podía dejarlo allí sin correr el riesgo de ser hallado por las patrullas de vigilancia, buscó un lugar donde un bosquecillo ofrecía cerca del camino un aceptable refugio.

Regresó al puente y aguardó la aparición del convoy. No tardó en oír que se acercaba. Colocóse en la parte exterior de la barandilla y esperó el momento oportuno.

Pronto las luces de la locomotora rasgaron las tinieblas de la noche y el monstruo de acero se aproximó, bufando y chirriando sus articulaciones metálicas.

Graymore aguardó a que pasara por debajo del puente y cuando así ocurrió esperó la ocasión favorable y se dejó caer sobre uno de los vagones.

Por estar en aquel momento subiendo una cuesta pronunciada la velocidad se había reducido considerablemente y ello facilitó su acción. Fue a caer en la techumbre metálica y gracias a un rápido movimiento consiguió vencer la inercia y quedar tumbado sobre la

misma.



—Fué a caer sobre la techumbre metálica...,

Rápidamente se levantó y calculó la longitud del convoy. Recordaba haber dejado a la muchacha en una de las últimas unidades. Por ello le fue preciso retroceder hasta que juzgó llegado el momento de comenzar los registros.

Forzó el cierre de que iba provisto el vagón, consistente en un precinto de alambre. El haz luminoso de la linterna recorrió los fardos de heno allí amontonados, pero al instante comprobó que no estaba allí Ana Zylah.

Cerró la puerta y pasó al siguiente vagón. Realizó igual operación con idéntico resultado.

Era una labor fatigosa y lenta. No obstante, Steve Graymore no ignoraba el peligro que tanto él como la joven corrían de llegar al puesto fronterizo sin haber conseguido abandonar el convoy.

A pesar del aire fresco de la noche un copioso sudor empapaba sus ropas por el desmesurado esfuerzo llevado a cabo. Ahora el tren aumentaba la velocidad y con ello crecía el riesgo de sus maniobras.

Al inspeccionar el cuarto vagón advirtió que algo se movía entre las balas de heno. Se acercó cautelosamente y reprimiendo una exclamación de alegría descubrió a la mujer que iba buscando.

Sin perder un instante cortó las ligaduras que la inmovilizaban y quitóle la mordaza.

—¡Vamos! ¡No tenemos tiempo que desperdiciar! —le dijo ayudándola a incorporarse.

La sorpresa y el temor se reflejaban en el semblante de Ana. A causa del largo tiempo que había permanecido con los miembros sujetos y en una posición violenta le costaba bastante trabajo mantenerse de pie.

—¿Quién es usted? —preguntó, indecisa, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de oír.

Por toda respuesta, Graymore proyectó el resplandor de la lamparita sobre su rostro.

—¡Usted! —exclamó Ana, con asombro.

—Sí, soy yo, pero es preferible que no haga preguntas. Corremos un gran peligro y hay que salir de él cuanto antes.

A pesar de su situación, Ana retiró bruscamente el brazo para librarse de la mano que la sujetaba.

—Gracias —rehusó secamente—. Sé valerme por mí misma.

—No estoy muy seguro. Y haga el favor de no buscarme más complicaciones, pues demasiado negro está todo para empeorar la situación.

No insistió Ana y siguió a Graymore hasta la puerta.

—Habrá que saltar del vagón —dijo él—. ¿Se atreve?

—No creo exista otra solución.

Aguardó Graymore un paraje donde el convoy aminorara su marcha. Entonces apretó el brazo de Ana.

—Salte primero usted. Yo la seguiré enseguida.

No se hizo ella repetir la orden. Vio que el tren corría al borde de unos campos y se lanzó a tierra.

Unos instantes después la imitaba Graymore.

Retrocedió unos metros y encontró a la muchacha aguardándole al borde de la vía.

—¿Se ha lastimado tal vez? —interesóse amablemente.

—Me han lastimado las ligaduras que usted tuvo la delicadeza de colocarme —replicó Ana, con sorna.

—Lo siento —respondió el joven—. Sin embargo, de haber sabido lo que sé de usted me hubiera ahorrado muchos sinsabores.

—¿Qué es lo que sabe de mí? —inquirió ella, con interés.

—Que no se llama Gisel, sino Ana. El coronel Nutton acaba de revelarme lo que ha estado haciendo hasta ahora.

—¿No le ha dicho usted la serie de obstáculos que ha puesto a mi labor?

Él sonrió, divertido.

—Creo que lo mismo puedo decir de usted. Lo que ahora importa es regresar cuanto antes a Viena.

Ana se detuvo, como obstinándose en no seguir adelante.

—Podemos regresar cada uno por distinto camino. Le recuerdo que usted y yo tenemos diferentes métodos para alcanzar nuestros fines.

Él se la quedó mirando, irritado por la terquedad de que daba pruebas.

—¡Vamos! No quiera poner a prueba mi paciencia. Si no quiere seguirme por las buenas tendrá que hacerlo a regañadientes. Y le aseguro que no me importará emplear procedimientos altamente persuasivos.

Ana mordióse los labios y no replicó. Estaba segura de que sus amenazas no eran fingidas, por lo que consideró prudente obedecer.

Salieron a la carretera y echaron a andar por el borde. Graymore iba delante y Ana lo seguía a pocos pasos. En esta forma recorrieron poco más de un kilómetro. Por cuatro o cinco veces vieron acercarse algunos vehículos, y en todas ellas apartáronse los dos

jóvenes en busca de las sombras que los protegieran de las miradas de sus ocupantes.

Una hora de marcha en la obscuridad llevóles al lugar donde el muchacho dejara escondido el automóvil. Nadie lo había descubierto. Subieron a él y se alejaron en dirección a la capital.

—¿Qué ha decidido hacer? —preguntó Graymore a la joven cuando alcanzaron los suburbios, en las márgenes del Danubio.

Ella seguía aún resentida por su proceder violento de aquella noche y por tal motivo el joven había evitado dirigirle la palabra, temiendo reavivar su rencor.

—Tengo una misión que cumplir y pienso llevarla a cabo a pesar de los obstáculos que usted ha colocado.

—¿Qué le dirá a la condesa?

—No me faltarán pretextos. Únicamente me preocupa el hombre que se presentó cuando iba a sacarme de la casa.

—¿Oswald? No tema —tranquilizóla Graymore—. Lo encerré en un lugar seguro. Dentro de poco iremos a buscarle.

A poca distancia de la casa detuvo Graymore el coche. Descendió la muchacha sin aguardar su indicación.

—Vaya usted primero —le dijo al joven—. Ya que me ha metido en ese enredo justo será que prepare el camino. Yo llegaré dentro de poco.

—¿Y no sería preferible que regresara a las oficinas del
C. I. C.,
y me dejara a mi terminar este asunto? —propuso él.

—No tengo por qué recibir sus órdenes —replicó desabrida—. A usted se le encomendó proteger al emisario húngaro y no lo consiguió. Yo debo averiguar dónde están las joyas y tratar de ponerlas a salvo.

Graymore se sonrió, burlón.

—Perfectamente. Siga usted su trabajo y yo seguiré con el mío. Alguno de los dos podrá llevarse los frutos. Buena suerte.

—Eso mismo le digo —correspondió Ana.

Se alejó por una callejuela lateral y hasta que no la vio desaparecer no siguió Graymore su camino.

Tal como le indicara María Steiner, dejó el vehículo en un lugar alejado del edificio. En lugar de entrar en él por la avenida principal dio un pequeño rodeo para llegar a la casa por la parte

posterior.

Deseaba no ser observado por quienes pudieran encontrarse apostados en sus inmediaciones. Por ello deslizóse cautelosamente hasta encontrarse bajo la marquesina que había a la entrada.

Llamó en la forma que habían convenido con la condesa. Transcurrieron unos segundos sin que nadie abriera; ello le decidió a repetir la llamada.

Iba ya a hacerlo por tercera vez cuando la puerta se abrió de repente, bruscamente, y un hombre apareció ante él. Empuñaba un arma y apuntaba su pecho.

—¡Entre pronto! —le conminó—. ¡Y no trate de resistirse!

El asombro le mantuvo como clavado en la entrada. ¡Aquel hombre no era otro que Oswald, el individuo a quien había encerrado en el pasadizo subterráneo! Ignoraba cómo había podido escapar, pero no resultaba descabellado suponer que había sido María Steiner quien lo libró de su encierro.

A una nueva orden de aquel hombre vióse obligado Graymore a entrar. Oswald cerró la puerta y se quedóle observando con mal disimulada alegría.

—Ha tenido una buena ocurrencia al volver por aquí —le dijo—. Temía que fuera con el soplo a la policía. Sólo me intriga lo que haya podido hacer con la chica. ¿Dónde la ha dejado?

Graymore se encogió de hombros y entró en el saloncito que se hallaba débilmente iluminado.

En el umbral se detuvo. Allí recibió la segunda sorpresa.

¡María Steiner había sido atada a una de las sillas y desde ella le miraba con una expresión de impotencia y desesperación!

CAPÍTULO VII

Steve Graymore pasóse la lengua por los resecos labios y miró de reojo a Oswald, que se había colocado a su izquierda y le observaba sin dejar de apuntarle con la pistola. Aquella escena echaba por tierra las suposiciones de que pudiera ser María Steiner la persona que librara a Oswald de su encierro. Siempre, claro está, que no estuvieran representando ambos en aquel momento una extraña comedia con objeto de alcanzar un fin, que en modo alguno podía adivinar.

—Ahí tienes a tu buen amigo y fiel sirviente —habló aquel hombre con acento repleto de ironía—. No podrás decir que te han dejado sola. ¿Te alegras de que sea así?

La condesa no contestó. Sus ojos no se apartaban del semblante del joven, como si esperara de él que la librara del mal paso en que se había metido.

Graymore la miró, imperturbable, y Con un gesto de su cabeza indicó al individuo que le tenía encañonado.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—Oswald —repuso la condesa—. Creo que ya te he hablado de él.

—¡Tiene gracia! —rió Oswald. Más de pronto se puso serio—. No puedo perder el tiempo con preguntas estúpidas. Di ya, de una vez, dónde tienes escondidas las joyas.

María Steiner ni siquiera se dignó responder. Aquella actitud irritó aún más al austríaco.

—¡Vas a decírmelo enseguida! ¡Pronto! Ya me conoces, para suponer que soy capaz de todo. ¿Oyes bien? ¡De todo!

Se volvió repentinamente hacia Graymore y avanzó unos pasos hasta quedar a poca distancia de él.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó con acento siniestro—. Porque estoy seguro de que ha sido con tu complicidad que ella ha

planeado esta jugarreta. ¿Tienes algún aprecio a tu vida?

—En mucho aprecio —respondió el joven, tranquilamente.

—Pues ya estás diciéndome en qué lugar ha escondido las joyas.

—Dan no sabe una palabra de todo esto —intervino María Steiner—. Jamás le he hablado de esta cuestión.

—En este caso harás bien en mostrarte comprensiva. Aun puedes salvar algo de tu apurada situación. A pesar de lo que has hecho conmigo sabré ser generoso.

—Te repito que no sé nada.

Oswald hizo un gesto de impaciencia.

—Es una última oportunidad. ¡Habla!

María Steiner no despegó los labios. En su interior, Graymore admiraba la tenacidad de aquella mujer que ninguna amenaza lograba doblegar.

Oswald sacó un objeto que arrojó encima de la mesa. Era un encendedor. Tanto Graymore como la mujer posaron en él sus miradas, sin comprender lo que quería significar su gesto.

—¿Conoces esto? —preguntó mirando a la condesa.

Ella denegó, sin despegar los labios.

—Es de Kurt. Lo hallé en el garaje. Todo indicaba que había estado aquí recientemente. Entonces me dediqué a recorrer los hospitales y puestos de policía. De este modo conseguí encontrar a Kurt. Lo habían sacado del río y presentaba una herida por arma de fuego. Fingí no reconocerlo para evitar preguntas enojosas, pero mis sospechas ya habían tenido una absoluta confirmación: Kurt había estado aquí… y de aquí salió para que lo envolvieran las aguas frías y cenagosas del Danubio.

—No sé nada de esa historia.

Oswald enarcó las cejas y miró a la mujer. Rezumaba aquella mirada un odio frío y reconcentrado. Graymore adivinó que estaba dispuesto a matar si era preciso y presintió que la vida de María Steiner pendía de un hilo.

—No esperes disfrutar de ellas —sentenció, lentamente—. Saldré de esta casa con las joyas o con el último estertor de tu agonía. No soy hombre que pierda el tiempo con amenazas ni jamás he dado muestras de una paciencia que no poseo.

Esperó unos instantes. Luego, al advertir que María Steiner no parecía dispuesta a claudicar, levantó el cañón del arma y lo dirigió

a su cabeza.

—Es tu última oportunidad —le dijo—. Me conoces demasiado bien para imaginar que trate de amedrentarte. Contaré hasta cinco.

María Steiner entornó los ojos. Había palidecido y no podía ocultar un ligero temblor. Ello hizo sonreír levemente a Oswald. Era su sonrisa de triunfo y su seguridad por haber conseguido imponerse a la condesa. Se creció al advertir que su tenacidad comenzaba a desmoronarse.

—Uno… dos…

Contaba lentamente, con el aplomo de quien sabe que no ha de llegar al término del plazo concedido. Mientras lo hacía no apartaba sus ojos de la condesa, atento a sus menores gestos, esperando la palabra que declarara su rendición incondicional a su ultimátum.

—Tres… Cuatro…

Vio los músculos de su rostro distenderse y sus ojos abrirse con expresión de temor.

Entonces resonaron unos golpes en la puerta. El eco repercutió en el angustioso silencio que acababa de producirse. Pero los labios de Oswald no llegaron a pronunciar el «cinco» fatídico.

Se volvió para mirar a Graymore. Éste, que había mantenido en todo instante su imperturbabilidad, devolvióle la mirada, sonriente.

—Vaya a abrirle —ordenó en voz baja.

Y con un movimiento significativo de su pistola le indicó la puerta.

Steve Graymore obedeció a su mandato. Vigilado por el austríaco se encaminó hacia la entrada.

—Quienquiera que sea la persona que acaba de llamar, hágala entrar. Procure que ningún gesto ni la menor inflexión de su voz lo delate. Estaré junto a usted y dispararé sin contemplaciones a la menor vacilación. ¿Ha comprendido?

—Sí.

Fue hasta la puerta y la abrió. Sus presentimientos no se vieron defraudados. Ana Zylah acababa de llegar a la mansión a fin de participar en aquella extraña ceremonia que estaba desarrollándose.

—Buenas noches, señorita Kossec —saludó tranquilamente—. La condesa ya comenzaba a estar intranquila por su tardanza. ¿Dónde estuvo metida?

Sin molestarse en responder a su saludo, Ana entró en el

vestíbulo.

Acababa de pasar ante Graymore cuando descubrió a Oswald. Sus ojos se abrieron, con expresión de miedo y se detuvo como paralizada por el asombro.

De una fuerte patada, ya Oswald había cerrado la puerta.

—Buenas noches, señorita —saludó burlón. Y dirigiéndose a Graymore añadió—: Sigan todos hasta él salón. Hay que terminar con un juego muy interesante. Usted primero, señorita.

Ana no se hizo repetir la orden. Avanzó hacia el salón precediendo a Graymore y a Oswald.

María Steiner continuaba en la misma posición. Miraba hacia la puerta, pero apenas si pareció reparar en la llegada de la muchacha. Pesaba demasiado en su ánimo la amenaza interrumpida de su antiguo compinche.

Oswald obligóles a colocarse, el uno junto al otro, a la derecha de la condesa. Había perdido una parte de su anterior determinación y se le veía desasosegado y nervioso. Por su parte, Graymore adivinaba la suerte que les esperaba a todos ellos. En modo alguno consideraba probable que una vez conseguido su objetivo, el austríaco se conformara con escapar y dejarlos por las buenas. Por ello iba estudiando mentalmente el modo de evitar que sus siniestros propósitos pudieran conseguir éxito alguno.

—¿Has reflexionado bien lo que te conviene hacer? —preguntó una vez más a la Steiner.

—No sé nada de lo que te interesa. ¿Crees que podría escuchar indiferente una amenaza de muerte si las joyas estuvieran en mi poder?

—Kurt llevaba las joyas y tú le diste muerte para apropiarte de ellas. Nadie sino tú sabes dónde están. ¡Y estoy dispuesto a todo! ¿Lo oyes bien?

Y para mejor reforzar la amenaza fue hasta ella y apoyó el cañón de la pistola en la sien de María Steiner.

Graymore calibró la situación. Con un poco de suerte podía saltar sobre Oswald y tratar de reducirlo. Sólo el peligro de que en su precipitación disparara el arma contenía sus ímpetus.

Tenía qué esperar una coyuntura favorable, más la creciente excitación de Oswald era tal que temía llegara a cumplir su amenaza.

Y fue en aquel momento cuando una nueva llamada a la puerta contuvo sus ímpetus.

Oswald se irguió, receloso. Esta vez no podía obrar como en la anterior. El miedo, además, a la policía coartaba su libertad de acción. No había contado con esta nueva interrupción y veíase obligado a cambiar su proyecto.

—¡Vamos a perderlo todo! —apremió a María Steiner—. ¡Aun estamos a tiempo de salir de aquí! ¡Dejaré que señales tú misma la parte de cada uno!

—Suéltame y hablaremos —replicó la condesa, fríamente.

Oswald miró a Graymore y le indicó con un movimiento de su cabeza que podía cumplimentar aquel deseo.

En unos pocos segundos quedó libre. Frotóse las doloridas muñecas para activar la circulación de la sangre y se dirigió a una de las ventanas. Entreabrió los postigos y miró.

Sólo permaneció allí unos instantes. Los golpes resonaron más insistentes y enérgicos.

—¡Tenemos que marcharnos ahora mismo! —decidió—. Dan nos acompañará.

—¿Y esa muchacha? —preguntó Oswald, desconfiado.

—Podemos dejarla encerrada —adelantóse Graymore a responder—. Yo me encargaré de ello.

—Enciérrala ahí —le ordenó la condesa señalando a su derecha, donde había una puerta que daba a un cuartito.

En el exterior la llamada se hizo más imperiosa. Oswald retrocedió de espaldas, hacia el vestíbulo.

—¡Aprisa! —los apremió—. ¡No podemos perder un instante!

Graymore no se hizo repetir la orden. Cogió a la joven de un brazo y empujóla bruscamente hacia donde le habían indicado.

Ana fingió oponer una tenaz resistencia. Comprendía las razones que impulsaban a Graymore a proceder en aquella forma y su deseo de salvarla de una suerte inexorable.

Ya junto a la puerta mantúvola el joven contra la pared en tanto procedía a descorrer el pestillo.

—Vaya inmediatamente al cruce de Dornbach —le susurró en voz baja, de modo que sólo ella pudiera oírle—. Tal vez necesite su ayuda.

Seguidamente abrió la puerta y de un violento empujón arrojó a

la muchacha dentro de su encierro. Echó nuevamente el pestillo y se volvió hacia la condesa.

Aun cuando Oswald se había adelantado hacia la bodega, María Steiner aguardaba a que el muchacho concluyera y se había situado a la salida del vestíbulo.

Ahora las llamadas se sucedían imperiosas e insistentes.

María Steiner cogió a Graymore de una mano y en esta forma lo condujo hasta el sótano.

Allí estaba Oswald, esperando.

—¿A dónde vamos a ir? —preguntó a la mujer.

—Primeramente hemos de salir de aquí. Luego ya diré qué camino habrá que seguir.

Oswald no insistió. Separó del muro el armario que ocultaba la puerta secreta y la boca obscura del pasadizo subterráneo envióles una bocanada de aire húmedo. Entraron en él sin molestarse en volver a dejarlo todo como lo hallaran. Ambos sabían que sucediera lo que sucediese era aquélla la última vez que veríanse obligados a utilizar aquella galería.

Oswald iba al frente del reducido grupo. Llevaba en la diestra una pistola mientras que en la otra mano sostenía la linterna eléctrica que iluminaba el angosto corredor. A cada momento se volvía hacia los dos jóvenes, evidenciando la desconfianza que aun experimentaba.

No tardaron en llegar a la puertecilla metálica que ya la otra vez detuvo el avance de Ana y Graymore. Al joven le sorprendió encontrarla abierta y lo mismo debía sucederle a María Steiner, ya que hizo una alusión a dicha circunstancia.

Por toda respuesta Oswald echóse a reír, más no contestó.

Ahora el pasillo descendía en una especie de rampa para continuar horizontalmente unos veinte o treinta metros más. Al final, una docena de peldaños condújoles hasta una segunda puerta. Era esta de reducidas dimensiones y, como la anterior, estaba abierta. Por el hueco divisábase una tupida cortina de follaje de hiedra brillando al ser herida por el luminoso haz de la linterna que sostenía Oswald.

Al llegar allí se detuvo y se volvió hacia sus seguidores.

—¿No estarán ahí dentro las joyas? —habló, dirigiéndose a la condesa, mientras con un ademán de la cabeza indicaba la mansión

que acababan de abandonar.

—No —respondió ella—, están en otro lugar. Puedes subir.

Apartó Oswald las enredaderas y apareció un hueco obscuro. Al asomarse vio Graymore que se trataba de un pozo. En sus paredes había clavados unos hierros por los que se podía ascender hasta la boca del mismo.

Oswald encaramóse por ellos y no tardó en desaparecer a la vista de los dos jóvenes. Graymore se hizo a un lado, pero María Steiner denegó con la cabeza.

—No, tú debes subir primero, Dan. Yo seguiré luego.

Atendió su indicación. Al llegar arriba ya estaba Oswald esperando. Ofrecióle la mano ayudándole a salir.

Unos segundos más tarde hacia su aparición la condesa. Quedó unos segundos sentada en el brocal, atento el oído y mirando hacia la mansión.

No se veía un alma, más algunas voces alteradas delataban la presencia de un numeroso grupo de personas.

A su lado, Graymore recapacitaba. Comprendía en aquellos momentos el misterio de la fuga de Oswald. El pozo se hallaba situado cerca del límite de los jardines que rodeaban la casa, en el centro de una glorieta cuyas frondas casi lo ocultaban a la vista de quienes pasaran por la avenida.

—¿Dónde dejaste el coche, Dan? —preguntó María Steiner, contrastando su sangre fría con la impaciencia de que Oswald daba muestras.

—Está cerca de aquí —respondió.

—Iremos en busca de Ianikof. Estará esperando y solo él puede solucionarnos la salida de Viena.

—¿Cuánto te ha exigido Ianikof? —preguntó Oswald, como si aquella revelación no le extrañara lo más mínimo.

—Esto ya está convenido. Le he prometido unas joyas y a cambio de ellas nos dará los pasaportes. ¿Me das una de las pistolas, Oswald?

Él aludido titubeó. Era evidente que no le seducía la idea de armar a sus acompañantes. Sin embargo, conocía a la condesa y no dudaba que se negaría a sacar las joyas si no atendía a su requerimiento.

Sacó, pues, el arma que arrebatara a Graymore y se la dio a

María.

—No se te ocurra ninguna jugarreta —le previno—. No es fácil engañarme.

María Steiner cogió la pistola y la entregó a Graymore.

—Sólo puedo confiar en ti, Dan.

Cogió él de sus manos el arma y la examinó para comprobar su estado.

Asintió con un movimiento de cabeza y sin hacer ningún comentario la guardó en el bolsillo de la americana.

La condesa saltó a tierra y miró a los dos hombres.

—Vamos ya —dijo.

Amparándose en las sombras del jardín deslizáronse hacia la salida posterior. Tratábase de una puertecilla utilizada por la servidumbre cuando la había en los pasados días de esplendor en la vida de la capital.

Se hallaban ya a poca distancia cuando la condesa se detuvo repentinamente y señaló la salida.

—¡Cuidado! —les advirtió en voz baja—. Me ha parecido ver alguien moviéndose tras la reja.

Permanecieron inmóviles, parapetados tras un macizo de rosales. Entonces vieron dos sombras estacionadas a un lado de la puerta, dos siluetas uniformadas; sin duda alguna, dos soldados de la policía militar apostados allí por el oficial encargado de dirigir aquella operación.

—Han cercado la casa —murmuró Oswald con rabia—. Será preciso abrirnos paso a tiros si no queremos que nos cacen en esta ratonera.

Avanzó unos pasos entre la maleza y, de pronto, resonó un disparo.

Aun antes de ver a María Steiner empuñando el arma adivinó Graymore que había sido ella la autora del disparo. En un instante vio a Oswald incorporarse y dar una vuelta sobre sí mismo para caer al suelo. Ella cogió a Dan de una mano arrastrándolo casi hacia la obscuridad del cercano muro.

Se escuchaban algunos gritos procedentes de la casa y, más próximos, las voces de alerta de los dos centinelas.

Pronto comprendió Graymore el plan de la condesa. En la parte inferior del muro había una especie de compuerta que permitía el

paso de una persona. Agachándose podían pasar al otro lado de la cerca, y gracias a la profusión de enredaderas resultaba poco probable que su maniobra fuera descubierta por los guardianes.

Dos nuevos disparos repercutieron cerca de allí. A Graymore le causó la impresión de que Oswald defendíase encarnizadamente de quienes iban a prenderle. La traicionera acción de María Steiner había tenido pleno éxito y desvió, por el momento, la atención hacia el herido.

De todos modos era más que probable que una vez reducido por los centinelas, denunciara a quienes habíanse librado de él.

En la calle no se veía a nadie. Era aquélla una ocasión propicia que no podía ser desaprovechada.

—¿Dónde dejaste el coche? —preguntó ella, agazapada tras la cortina de ramaje.

—A menos de un centenar de metros de aquí. Hay que ir por aquella bocacalle.

Y señaló hacia la izquierda.

—Ve tú delante y yo te seguiré —le ordenó la condesa.

Miró Graymore a derecha e izquierda, cerciorado de que nadie había allí cerca, se puso en pie y echó a correr en dirección de la bocacalle. Un instante se volvió y distinguió a María Steiner imitándole.

No había llegado al otro lado cuando escucháronse gritos de alerta y un disparo retumbó en la quietud de la noche.

Apresuróse hasta alcanzar la protección de la esquina próxima y allí aguardó a que la mujer se le uniera. Parapetado disparó hacia donde se veían las siluetas de los guardias, aunque procurando hacerlo un poco alto, para evitar causarles ningún daño. Ello retrasaría la persecución y les permitiría llegar a dónde estaba el coche.

—¡No te detengas, Dan! —le dijo la Steiner al llegar a su lado—. ¡Puedo seguirte sin dificultad!

Reanudó la carrera. A sus espaldas oía los pasos precipitados de su acompañante. A cada instante temía que nuevos refuerzos surgieran de cualquier esquina cerrándoles el paso y echaran por tierra el plan que se había trazado.

Estaban ya llegando a donde dejara el coche cuando nuevos disparos les advirtieron que la persecución arreciaba.

Se apoyó en el muro y simuló repeler la agresión. Vio las sombras buscar la protección de unos portales y aquel respiro facilitó que María Steiner se pusiera a salvo.

Desde allí hasta el coche les separaban únicamente unos metros y los salvaron en unos instantes.

Puso Graymore el motor en marcha y el vehículo partió velozmente, no tardando en perderse en las obscuras callejuelas inmediatas.

Siguiendo las indicaciones que le dio la mujer, pronto llegaron ante una casa de aspecto humilde situada en uno de los arrabales del sector norte. Había un patio en la parte posterior y en él dejaron el vehículo.

Graymore había reflexionado acerca de su situación, llegando a la conclusión de que nadie volvería a molestarles. Efectivamente, la llegada de la patrulla militar no cabía duda que era obra de un aviso de Ana al coronel Nutton. En aquellos momentos ya la joven habría sido puesta en libertad y sus informes servirían para no estorbar en forma alguna lo que estaba llevando a cabo.

El interior de la casa estaba sencillamente amueblado. Nadie parecía habitarla y, al parecer, María Steiner la tenía alquilada para la consecución de sus fines. En una salita había un teléfono y a él se dirigió no bien entraron allí.

La oyó hablar con un hombre al que llamaba Ian, diciéndole dónde se hallaba y pidiéndole que fuera allí cuanto antes.

Al volverse hacia el muchacho, su faz resplandecía de diabólica satisfacción.

—Todo va por buen camino, Dan —le dijo—. Tendremos los pasaportes que nos dejarán a salvo muy lejos de aquí.

—¿Podemos fiarnos de la persona que va a venir? —le preguntó, para mejor evitar sus sospechas.

—Ian es de mi entera confianza. Además, pienso pagarle espléndidamente. ¿Oíste a Oswald cómo me preguntaba por unas joyas?

—Sí.

—Con ellas se nos abrirán todas las puertas. Y la primera será la que nos saque de este encierro, Ianikof es muy astuto y todo lo puede.

—Pero no puede tratarse de pasaportes legítimos.

Ella se echó a reír.

—¿Y qué más da? Ten la seguridad de que nadie podría distinguirlos de los auténticos. Con una buena recompensa puede encontrarse en Viena quien haga verdaderos imposibles. Ianikof es uno de estos magos. ¿Por qué no preparas algo para los dos? —le pidió, señalándole un armario—. Ahí encontrarás todo lo necesario. No tardaré en volver.

Presintió Graymore que ella sentía necesidad de ausentarse. Tal vez en busca de las joyas que, indudablemente, tenía allí escondidas.

Fue hasta el armario y sacó de él unos vasos y una botella de licor. En tanto lo dejaba todo sobre la mesa tenía los sentidos atentos a las maniobras de la mujer dentro de la casa. No quería, no obstante, arriesgarse por temor de que ella lo descubriera y adivinara sus intenciones.

Aguardó, pues, a que ella regresara, más hallábase aún en dicha espera cuando escuchó el ruido de unos golpes en la puerta del exterior.

Aguzó el oído y permaneció inmóvil. De uno de los cuartos que había al final del pasillo llególe el rumor de pisadas rápidas que se dirigían a la puerta. Luego oyó descorrer el pestillo y una persona entró.

Adivinó que se trataba de Ianikof, el oficial de quien María Steiner le había hablado. Unas voces quedas llegaban hasta él. Hablaban en un idioma que Graymore desconocía. Luego las voces se alejaron hasta cesar por completo.

Por un instante creyó que había salido de la casa. Solamente la puerta cerrada le inducía a desechar esta suposición.

Iba ya a comprobar lo que ocurría cuando una exclamación partió del cuarto del extremo opuesto del pasillo.

Presintiendo algo anormal ocultóse Graymore tras uno de los cortinajes y no bien lo hubo hecho cuando vio a María Steiner salir del cuarto seguida de un individuo que vestía un impermeable negro. El hombre esgrimía una pistola y con ella obligaba a la condesa a marchar hacia el comedor de la casa.

Contuvo Graymore la respiración y aguardó a que llegaran a la altura de su escondite. María Steiner avanzaba con admirable tranquilidad. Una sonrisa de seguridad asomaba a la comisura de

sus labios. Estaba segura de que iban a intervenir en su favor y ello confirmó a Graymore la confianza que en él tenía depositada.

Aguardó él a que hubiera pasado y no bien quedó su guardián de espaldas saltó sobre él con el sigilo y la agilidad de un felino.

Fue tan sorprendente su maniobra que el desconocido no se percató de ella hasta que se sintió agarrado fuertemente por ambos brazos y empujado con fuerza, cayendo al suelo bajo el peso de su atacante.

A pesar de lo imprevisto del ataque intentó desde el suelo hacer uso de la pistola mas Graymore anticipóse, sujetándole la muñeca y retorciéndosela con fuerza hasta obligarle a soltar el arma.

Como una pantera saltó entonces la condesa hasta cogerla y encañonar al hombre.

—¡Suéltalo, Dan! —le advirtió—. ¡Ahora ya no hay nada que temer de él!

Graymore se echó hacia atrás, logrando zafarse inmediatamente del acoso de su enemigo. Se puso en pie y se quedóle mirando, vigilante.

—¡Ha intentado traicionarme! —exclamó la Steiner, enardecida por el odio—. ¡Perro, más que perro!

Dióle un fuerte puntapié y obligóle a levantarse. Entonces Graymore lo pudo contemplar a sus anchas. Tratábase de un hombre de regular estatura, más bien grueso. Por su aspecto parecía tratarse un oficial de las fuerzas de ocupación en Viena.

—¡Ha pretendido robarme! —continuaba la condesa sin dejar de vigilarle—. ¡Iba a pagarle lo convenido cuando me amenazo con disparar si no se lo entregaba todo!

—¿Y los pasaportes? —preguntó Graymore.

—Los ha traído, pero aun así tendemos algunas dificultades para salir. Él es quién deberá acompañarnos.

Obligo al hombre a colocarse de cara a la pared y con los brazos en alto.

—Será preferible que nos vayamos cuanto antes —propuso el joven.

—Sí, pero antes tengo que recogerlo todo. Vigílalo entretanto.

Dejó a Graymore al cuidado del prisionero y regresó al cuarto. No tardó en reaparecer llevando un maletín de viaje. Estaba manchado de cal, lo que indicaba que había estado oculto en algún

hueco del muro.

—Regístrale los bolsillos. Dan —indicó al muchacho—. No merece las joyas que le he dado.

Hizo Graymore lo que le ordenaba y halló un pequeño envoltorio que mostró a la mujer.

—¿Es eso?

—Guárdalas tú mismo —le indicó asintiendo. Sin soltar el maletín se acercó al hombre, que había intentado traicionarla—. Llamarás al puesto de control y les darás los números y datos de los pasaportes. No quiero que nos pongan ningún tropiezo.

Obligó a su prisionero a ir hasta donde estaba el teléfono. María Steiner marcó ella misma un número y entregó el auricular al ruso.

—Cualquier artimaña por tu parte significará tu muerte —le dijo sin dejar de amenazarle con su pistola—. Tenlo bien presente.

Graymore oyó cómo el hombre daba unas órdenes al puesto de control mientras María Steiner lo vigilaba, asintiendo a cada una de sus frases.

Cuando hubo terminado le señaló la puerta.

—Nos acompañarás un rato —le dijo. Y con un gesto a Graymore, añadió—: Sal tú primero, Dan, y vigila que no haya nadie por ahí fuera.

Obedeció él y salió a la calle. Estaba desierta y sólo una ligera neblina arropaba la dormida ciudad.

Hicieron sentar a su prisionero junto al lugar que ocupaba Graymore. La condesa lo hizo detrás, sin dejar de apuntar con la pistola al hombre que sentábase delante.

Poco después el automóvil enfilaba la avenida y se perdía en dirección a los suburbios situados al oeste…

Estaban ya llegando al puesto de control cuando María Steiner advirtió a Ianikof para prevenir una nueva traición.

—No dejaré de apuntar a tu corazón un solo momento. Ten cuidado si no quieres que una bala vaya a alojarse en él.

Sin embargo, no hubo allí el menor tropiezo. El centinela ni siquiera se molestó en detener el vehículo, concediéndole paso libre.

Oyó Graymore cómo la condesa dejaba escapar un suspiro de alivio al tiempo que murmuraba algo ininteligible.

Entonces pisó el acelerador en dirección del cruce de Dornbach.

Esperaba que Ana hubiera tenido tiempo suficiente para llegar allí y ayudarle en sus propósitos.

El automóvil corría por la desierta carretera bordeada de altos y esbeltos álamos. A derecha e izquierda el terreno era llano y sólo de vez en cuando aparecía un pequeño desnivel o un grupo de árboles. De pronto un golpe sordo repercutió en el interior del vehículo. Extrañado, se volvió Graymore al tiempo que frenaba; el cuerpo de Ianikof se inclinó hacia delante y dio de bruces contra el parabrisas.

Inmediatamente comprendió el muchacho lo sucedido. María Steiner acababa de golpear con la pistola la nuca del prisionero, privándole instantáneamente del conocimiento.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, no obstante.

—Ianikof ya nos estorba —repuso ella—. Vamos a dejarlo aquí.

Sin replicar, apeóse Graymore del vehículo y sacó el cuerpo inconsciente de aquel hombre, arrastrándolo hasta los campos cercanos.

—¿No será una imprudencia dejarlo aquí?

—Dejándolo sujeto, no —replicó ella al tiempo que le entregaba unas cuerdas—. Atalo bien y colócale una mordaza para que no pueda gritar. Tenemos que llegar al puesto fronterizo de control antes de que haya podido libertarse.

—¿Y las joyas? ¿No crees que exista peligro de que puedan encontrarlas?

Ella denegó, con una sonrisa de inteligencia.

—Tengo para ellas un buen escondite. Nadie podrá verlas.

A pesar de que el peligro parecía haber pasado, continuaba ella empuñando la pistola. Tal actitud no dejó de preocupar a Graymore.

En unos momentos dejó a su víctima inmovilizada y privada de poder gritar en demanda de auxilio. Luego la arrastró un trecho más adentro en el campo, hasta quedar oculto a la vista de cuántos pasaran por la carretera.

A pesar de que la noche era fría, el joven tenía la frente cubierta de sudor. Enjugóse con el pañuelo y se quedó mirando a María Steiner en espera de sus órdenes.

—Vamos ya —le dijo indicando con la cabeza el coche—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Continuaba con la pistola en la mano. Era evidente su recelo,

hasta el punto de que, para sus adentros, pensó Graymore que las cosas no se presentaban tan bien como había supuesto.

No obstante, fingió no apercibirse de ello. El cruce de Dornbach no estaba ya lejos y allí podía muy bien, con ayuda de Ana, poner fin a una situación que comenzaba a prolongarse demasiado.

Marchó hacia el coche y ocupó su asiento. De reojo veía a María Steiner seguirle sin descuidar un momento sus precauciones. Llevaba con ella el misterioso maletín que no abandonaba un instante.

—Podemos seguir adelante, Dan —le dijo en un tono cariñoso que desdecía por completó su actitud—. Creo que ya hemos resuelto todas las dificultades.

En silencio puso el coche en marcha. La condesa continuaba ocupando el asiento posterior y el arma era aun visible en su diestra.

Graymore sentíase intranquilo. Aquella actitud echaba por tierra todos sus propósitos. Cuando creía haber ganado la confianza de aquella mujer se convencía de que todos sus esfuerzos no habían hecho otra cosa que aumentar las sospechas, que ya desde un principio debió abrigar hacia él.

—¿Qué es lo que temes ahora? —le preguntó, con objeto de obligarla a confesar sus intenciones—. Diríase que esperas el ataque de algún nuevo enemigo.

—Temo de todos y de nadie —respondió—. He luchado demasiado para conseguir mis propósitos. Sería estúpido que por un descuido lo perdiera todo.

—¿También de mí?

—También de ti.

Hubo una breve pausa. Luego Graymore rompió a reír.

—Creo que he sido un estúpido. He creído a pies juntillas todo cuanto me contaste. Debí haber continuado mi camino y buscado nuevas aventuras. No da resultado ponerse a las órdenes de una mujer, siempre sostuve la teoría de que las mujeres no deben ser otra cosa que instrumentos para alcanzar los fines que nos proponemos. En esta ocasión lo he olvidado y tengo la seguridad de que voy a tener que arrepentirme.

—¿Por qué?

—Es un presentimiento. Y cuando este presentimiento se ve

reforzado por una pistola apuntando mi espalda, tanto más aciago.

La condesa guardó silencio, más enseguida resonó su risa impregnada de diabólicas estridencias.

—A pesar de todo no dejan de tener gracia tus observaciones. Ignoro por qué, pero no puedo dejar de admirarte.

—¿Qué clase de admiración sientes por mí?

Ahora la condesa no contestó. Dejó transcurrir unos segundos. Luego, en un tono de voz completamente distinto preguntó:

—¿Qué te impulsó a buscar refugio en mi casa?

—Creo que eso ya te lo dije —respondió Graymore, aparentando indiferencia—. ¿Para qué repetirlo ahora?

—Sin embargo, entonces mentiste admirablemente. Nadie te andaba buscando. Además, desde el primer momento me pregunté dónde había yo visto antes tus facciones. Y esta obsesión no me ha dejado en mucho tiempo.

Involuntariamente experimentó Graymore un estremecimiento en la columna vertebral. A pesar de ello no perdió la serenidad y preguntó:

—¿Y has conseguido saber con quién se relaciona ese parecido?

—Sí.

La respuesta fue suave, casi silenciosa. Parecía más bien el silbido de una serpiente disponiéndose al ataque.

Instintivamente aceleró la velocidad del automóvil.

—Supongo no me será desfavorable. Hay muchas coincidencias curiosas en la vida. Sospecho que ésta será una de tantas.

—No se trata de una casualidad. Tengo la seguridad de que tu llegada a mi casa ha sido deliberadamente provocada.

—¿Lo crees así?

—¿Qué hacías, sino, en el expreso del Este, hace ya varias noches? Aun cuando procurabas ocultar tu rostro conseguí verlo bien en el momento que obligaste a los dos húngaros a entrar en el departamento. Fue solo un instante, lo suficiente para que no se borrara de mi mente.

—Es gracioso —rió Graymore, como si no diera importancia—. Creo que jamás he viajado en el expreso del Este. ¿Por qué no continúas la historieta? Has conseguido intrigarme y tengo verdaderos deseos de saber cómo concluye.

—Si consideras el final no dudo que desearás retrasarlo todo lo

posible.

—¿Por qué?

—¿Quién avisó a la policía para que se presentara esta noche en mi casa? —preguntó ella, sin hacer caso de su curiosidad.

Graymore emitió un ligero silbido.

—Eso es lo que me ha tenido intrigado toda la noche —respondió—. ¿No sería la señorita Kossec?

—No, ella tenía más bien motivos para evitar que la sorprendieran. Es posible que a estas horas se encuentre prestando declaración en la Comandancia Aliada.

—Llegarían allí por casualidad.

—No, no fue la casualidad. Ello fue lo que me hizo abrir los ojos. Tu pretexto para retrasarte al ir en busca de gasolina coincidía demasiado bien con lo que luego iba a producirse. Tuve aún la esperanza de que tuvieras interés por las joyas, pero ahora he comprendido que el aliciente es distinto.

—Con todo ello conseguirás asustarme —bromeó Graymore sin volverse.

—Es preferible que confieses la verdad. Además, tengo curiosidad por saber tu intervención en este asunto.

Observó Graymore que llegaban al cruce de Dornbach y detuvo al coche.

—¿Qué haces? —preguntó la condesa, intrigada—. No olvides que te estoy apuntando y no temblará mi mano al disparar.

—Lo creo —repuso, indiferente—, pero no tengo la culpa de que el motor tenga sus fallos. En realidad se trata de un modelo anticuado y muy estropeado por el uso.

Fue a abrir la puerta, pero la voz tajante y autoritaria de María Steiner lo contuvo.

—¡No te muevas! ¡Si abres esa portezuela, disparo!

CAPÍTULO VIII

Con la mano apoyada en la manecilla de la portezuela permaneció Graymore sin moverse. El tono con que María Steiner acababa de pronunciar su mandato era harto elocuente, para comprender que estaba decidida a llevar a cabo su amenaza.

Tras unos segundos de silencio sintió el joven cómo el cañón de la pistola se apoyaba en su espalda. Luego la mano libre de la mujer registró el bolsillo de la americana hasta apoderarse del arma que en él había guardado.

—Ahora ya puedes bajar —habló modificando la entonación por otra más humana—, pero no olvides que cualquier intento de traicionarme te resultará demasiado caro para tu bienestar.

Se sonrió, con sorna, y apeóse del vehículo. Ella lo hizo al mismo tiempo sin dejar de apuntarle con el arma que empuñaba.

Levantó la tapa del motor y comenzó a examinar éste valiéndose de una lamparilla eléctrica. Mentalmente iba Graymore considerando las posibilidades de que Ana Zylah hubiera llegado allí con la suficiente antelación para intervenir en su ayuda.

A pesar de todo, no había él podido imaginar que cuando tal momento se produjera, la situación iba a ofrecerse con matices de tan acusado dramatismo.

Cambió de posición y marchó al lado opuesto. El cruce, a diferencia de los parajes que acababan de atravesar, estaba rodeado de abundante vegetación, motivo más que suficiente para abrigar la esperanza de que la joven agente del
C. I. C.,
estuviera escondida entre sus frondas.

Sin embargo, el tiempo transcurría y ningún acontecimiento parecía inminente en aquella soledad de la campiña austríaca.

—¡Sospecho que lo que ocurre no es otra cosa que una añagaza tuya para ganar tiempo! —exclamó la Steiner con impaciencia—.

Voy a tener que comprobar por mí misma el funcionamiento del motor.

—Quizás tengas más suerte —replicó él, irónico.

No obstante, María Steiner no se movió; continuó observando de cerca al joven mientras, manipulaba en el motor.

Graymore se sintió invadido de un súbito desaliento. Ahora ya no abrigaba esperanza alguna de que Ana o algún otro agente a las órdenes del coronel Nutton llegara a tiempo de impedir el triunfo de aquella astuta mujer. El silencio y la soledad reinantes contribuían a fomentar el ambiente de escepticismo creado por la defección de la muchacha. No comprendía cómo no había atendido a su requerimiento. Tal vez había sido libertada demasiado tarde o, quizá, sus superiores le habían negado el permiso para marchar a realizar la misión confiada.

Se volvió para mirar a la condesa y advirtió en ella la impaciencia que la dominaba.

—¿Quieres apresurarte? —le apremió.

Dejó Graymore las herramientas y movió la cabeza, con impotencia.

—No puedo —respondió—. No encuentro la avería y si, por añadidura, hay una pistola apuntándome continuamente comprenderás que no hay mortal que trabaje con suficiente tranquilidad.

—En este caso lo haré yo misma, pero antes… tendré que tomar mis precauciones.

—¿Qué piensas hacer?

—Matarte —respondió, tranquilamente.

Dejó Graymore escapar un silbido de asombro.

—Es la mejor solución —continuó ella—. Sería estúpido dejar que te escapes. Ya hace tiempo que se rompió en mí la cuerda sentimental.

Graymore vio cómo levantaba ligeramente el cañón del arma. En su espíritu prendió la duda de si estaría dispuesta a cumplir su amenaza. Resultaba tan excéntrica aquella mujer que cualquier cosa podía esperarse de ella. Y se dispuso a luchar con todas sus fuerzas, a enfrentarse con aquel demonio que parecía decidido a suprimirle sin contemplaciones. No podía abalanzarse sobre ella, ya que la distancia era excesiva y antes de cubrirla habría sido abatido por el

plomo del arma mortífera.

Graymore saltó de lado para buscar la protección del vehículo. En el mismo instante oyó dos disparos consecutivos y a continuación una apagada exclamación de sorpresa y dolor.

Aquello le llenó de perplejidad. Deslizóse rápidamente hacia el extremo opuesto y fue en aquel momento cuando escuchó una voz terminante, una voz que no le era desconocida y que le hizo pegar un brinco de alegría.

—¡Estese quieta o esta vez tiraré a dar!

Se puso en pie y miró por encima del coche.

María Steiner continuaba en el mismo sitio donde la dejó. Se apoyaba en el vehículo y en su diestra ya no se veía él arma que hasta entonces había esgrimido contra él. Estaba de espaldas y miraba hacia la espesura, en donde una sombra se destacaba del fondo grisáceo de los árboles.

Aun sin distinguir sus facciones comprendió que no podía ser otra que Ana Zylah. Ella había sido quien disparó una fracción de segundo antes de que lo hiciera la condesa Steiner, arrancándole la pistola de las manos y haciendo ineficaz el disparo.

Fue Graymore hacia ella y con el pie apartó el arma que había caído sobre el asfalto.

—Un final decepcionante —habló como si lo hiciera consigo mismo.

María Steiner desvió por un instante la mirada y sonrió con un gesto de resignación e indiferencia.

—Di cobijo a dos hienas y ahora se han unido para despedazarme.

Del bosquecillo surgían en aquel momento dos personajes más. Eran dos agentes que habían acompañado a la señorita Zylah en aquella expedición.

Aguardó Ana a que llegaran allí y con un movimiento de cabeza les indicó aquella mujer.

—Ahora ya no es preciso seguir fingiendo —dijo con cierto deje de ironía—. El agente Graymore ya ha realizado su parte de trabajo y serán esos dos hombres los que cuidarán de dejarla en buenas manos.

—¿Policía? —inquirió María Steiner con un leve encogimiento de hombros.

—Desde luego.

—¿Qué clase de policía?

—¡Oh! No tema —sonrió Ana—. Nuestros chicos no la tratarán del todo mal. Piense que podría esperarle una suerte más dura. ¿No fue eso lo que dijo de mí cuando me presenté en su casa?

La condesa no respondió. Reprimió un bostezo, Como si aquella situación ya hubiera dejado de interesarla y miró a los dos policías.

—Estoy a su disposición, señores.

—Pueden llevársela ya —asintió Ana—. El mayor Cobb ya tiene órdenes concretas referentes a esa mujer.

Uno de los agentes se dirigió al bosquecillo; escuchóse el ruido de un motor y un automóvil surgió por la izquierda.

María Steiner subió en él y al poco rato los dos hombres se la llevaban en dirección a la ciudad.

Graymore habíase mantenido en todo aquel tiempo ligeramente al margen de la detención. Ahora, al quedar a solas con Ana, pareció volver en sí de aquella pesadilla.

—Bien —dijo—, parece que ya todo ha concluido.

—Así es —afirmó Ana, sentándose en el estribo del vehículo—. ¿Sabes si esa mujer llevaba las joyas consigo?

Graymore indicó con un gesto el interior del coche.

—Ahí están. Van dentro de un maletín de viaje. Unas pocas las tengo en el bolsillo. Eran para el pago de los servicios de Ianikof.

—¿Acaso no cumplió lo prometido?

—Intentó traicionarla y apoderarse de toda el botín. Yo lo impedí y ella, en agradecimiento, fingió dármelas. Entonces ignoraba yo que había descubierto buena parte de mis andanzas.

—Eso me ha parecido observar.

Graymore sonrió. Sacó unos cigarrillos y ofreció uno a la muchacha.

—Soltaremos a Ianikof cuando pasemos por el lugar donde lo dejamos. Por la cuenta que le tiene ya cuidará de no abrir la boca.

Miró Graymore de reojo a la joven. No parecía tener prisa alguna por marcharse de allí. A decir verdad, tampoco él deseaba apresurar el momento de la despedida. Ya desde su llegada a la mansión de la condesa Steiner que habíase sentido atraído por la joven, aunque el misterio que rodeaba su vida le mantuvo algo apartado de ella. Luego, al conocer su identidad, experimentó un

fuerte remordimiento y un deseo de reparar en lo posible el daño que le había causado.

—¿Qué piensas hacer ahora que este asunto ha concluido? —preguntó ella, tras de lanzar al aire una bocanada de humo—. Todavía te resientes de la herida de la cabeza. Posiblemente te concederán unos días de vacaciones.

—Es probable.

—¿Irás a pasarlos a los Estados Unidos? Nada hay como el hogar propio para olvidar estos sinsabores.

—No pienso moverme de aquí.

—¿Algún motivo especial? —insinuó ella, con una ligera mueca de picardía.

—Sí, un motivo singularmente especial.

—¿De qué se trata?

Él tardó unos instantes en contestar.

—Se trata de… de ti.

Enarcó Ana la fina línea de sus cejas y se quedó mirando a Graymore entre divertida y asombrada.

—¿De mí? ¿Y qué tengo que ver yo con tus vacaciones?

—Pues… me he acostumbrado a trabajar contigo; ahora todo me parecería sin aliciente y sencillamente aburrido.

—¡Vaya! —Denegó Ana, con la cabeza—. El agente Graymore en baja forma y sin ningún aliciente para el servicio. ¿Qué dirá el coronel Nutton cuando se entere?

—Probablemente no me creerá. Entonces le diré que todo ha terminado bien gracias a la ayuda de una mujer. Y… es posible que me proponga una solución.

—¿Cuál?

—Que trabaje siempre donde trabajes tú. De este modo es probable que todas las cosas rueden bien.

—¿Tú lo crees?

—Indudablemente. ¿Y tú?

—No. Rodarán bien para uno solo, mejor dicho, para mí. Si te empeñas en continuar a mi lado saldrás perdiendo, como ha ocurrido esta vez.

—¿Crees que mi actuación ha sido un fracaso?

—Es el coronel quien lo dirá —se puso bruscamente en pie y alzóse el cuello de la gabardina—. ¿Vamos ya, Steve?

Él la miró, esperanzado.

—No me has llamado nunca por mi nombre.

—Aun somos buenos amigos —replicó—. Ignoro si lo seremos por mucho tiempo.

Él fue a cogerle una mano pero Ana la retiró con presteza.

—Se hace tarde, Steve. Y el coronel Nutton estará cayéndose de sueño.

Resignadamente ocupó Graymore su puesto al volante. Ana se sentó a su lado y recostóse en el asienta, echando la cabeza hacia atrás.

En silencio recorrieron el espacio que les separaba del lugar donde habían dejado inmovilizado al ruso Allí se apeó Graymore y yendo hacia él cortó sus ligaduras dejándolo en libertad.

—Puede marcharse —le dijo simplemente.

El otro le miró como si estuviera en presencia de un loco, y echó a correr a campo traviesa, no tardando en perderse en la obscuridad.

Al regresar al coche halló a la muchacha dormitando en el asiento.

—¿Lo encontraste? —Fue su pregunta.

—Sí, y ha huido como alma que lleva el diablo.

No cambiaron más palabras hasta que el automóvil se detuvo ante el edificio donde estaban instalados los servicios del
O. S. S.

—¿Vas a subir conmigo, Ana? —le preguntó, al tiempo que cogía el maletín con las joyas.

—No —rehusó la muchacha—. Aguardaré a que bajes. Tengo mucho sueño.

Graymore no insistió. Cerró la portezuela del coche y se dispuso a subir a las oficinas.

—No tardaré —dijo aún.

Luego subió rápidamente la escalera y no se detuvo hasta que se halló ante la puerta del despacho del coronel.

El guardián lo había reconocido y apresuróse a anunciar su llegada.

Instantes después entraba en el cuarto.

El coronel paseaba de un extremo al otro de la estancia. Estaba ésta llena de humo, lo que evidenciaba la gran cantidad de cigarros

que había estado fumando.

—¡Buenas noches, coronel! —saludó, alegremente—. ¡Buenas noticias! ¡Magníficas noticias!

Nutton fue hacia él y le tendió la diestra al tiempo que desviaba la mirada hacia el maletín que llevaba en la mano.

—¿Fue todo bien, Graymore?

—No pudo salir mejor. La condesa Steiner ya ha quedado en manos de nuestros agentes y aquí están las joyas que intentaba llevarse al extranjero.

—¡Vaya, muchacho! ¡Francamente, no esperaba que todo quedara solucionado esta noche!

—Pues ha sido así, coronel. He pasado por momentos de verdadero apuro, pero las joyas podrán ser depositadas en lugar seguro. ¿Quiere que le explique cómo ocurrió?

—Es preferible que lo hagas mañana. Es ya muy tarde y necesitarás descansar. Habrá que redactar un informe.

—Gracias, coronel. Francamente, me encuentro fatigado y desearía descansar. Sin embargo, supongo que tendrá deseos de admirar las magníficas joyas del tesoro de la catedral húngara. ¿No es verdad?

—Así es; siento una verdadera curiosidad por ver esas joyas.

Depositó Graymore el maletín sobre la mesa. Tanteó el cierre, pero estaba cerrado.

—Juraría que había una llave aquí. Se habrá caído.

Sacó del bolsillo una navaja y tanteó la cerradura hasta escuchar un chasquido. Ello le hizo sonreír, satisfecho.

—Debe tratarse de algo maravilloso —comentó consigo mismo.

Oprimió el muelle y con movimientos nerviosos abrió el maletín. Los dos hombres se inclinaron para ver su contenido y de los labios de ambos brotó una misma exclamación de asombro y estupor.

¡En el maletín no había otra cosa que herramientas de mecánico! Unas simples y vulgares herramientas llenas de grasa.

—¿Qué significa eso, Graymore? —preguntó el coronel mirándolo fijamente.

El joven había palidecido y un copioso sudor inundaba su frente.

—No comprendo… —balbució—. Ha debido haber una confusión… Tal vez había dos maletines…

—¿Está seguro de que no lo habrán engañado? —Vuelvo

enseguida, coronel— declaró, aturdido. —Abajo he dejado el coche de la condesa Steiner.

Sin aguardar a que su superior hablara salió precipitadamente del despacho y bajó la escalera en cuatro zancadas.

Abajo le aguardaba otra sorpresa. En el coche no había ningún maletín más y, por si fuera poco, también Ana había desaparecido.

Asaltado de un súbito presentimiento entró de nuevo en el edificio y, jadeando, volvió a subir los escalones. Sin llamar esta vez entró en el despacho del jefe de los Servicios Estratégicos del Ejército.

—¿La señorita Zylah debe saber algo de…? —exclamó atropelladamente. Más se contuvo al ver al coronel que examinaba un montón de magníficas y rutilantes gemas desparramadas encima de su mesa de trabajo.

—¿Cómo diablos han llegado a su poder? —Pudo aún preguntar.

El coronel sonrió, enigmático, y movió la cabeza.

—¿No cree que son unas piedras maravillosas, Graymore?

—Sí, lo son —reconoció sin dirigirles más que una ligera ojeada—, pero yo quisiera saber…

—Lo sabrá mañana, Graymore —le dijo Nutton—. Ahora váyase a descansar, que buena falta le hace.

Murmuró una breve despedida y salió de allí.

La cabeza le bullía y experimentaba un intenso cansancio que se apoderó de sus miembros. No comprendía cómo había sido tan sencillamente burlado, ya que otra cosa no podía ser lo que de un modo tan incomprensible acababa de suceder.

Salió del edificio y marchó al coche. Al llegar a él hubo de restregarse los ojos temiendo ser víctima de una pesadilla.

¡Ana Zylah se hallaba recostada en el asiento delantero, con la cabeza apoyada en el respaldo, tal como la había dejado la primera vez que subió al despacho del coronel!

Abrió rápidamente la portezuela y subió al coche. Como dominado de un irreprimible frenesí cogió a la muchacha entre sus brazos y la zarandeó bruscamente.

—¿Dónde has estado metida? —le interrogó.

Ana abrió sus lindos ojos y miró al joven con asustada expresión.

—¡Oh! ¿Qué te sucede? ¿Acaso te has vuelto loco?

—¿Qué has hecho? ¡Dímelo pronto! ¿Qué has estado haciendo?

—Pues… Ya lo ves. Creo que me he quedado dormida. Incluso he tenido un sueño muy agradable.

—¡Conque un sueño! ¿Eh?

Y sin dar tiempo a la joven para adivinar sus intenciones la estrechó con fuerza entre sus brazos y la besó.

Fue un beso largo, apasionado… Con él sintió Graymore que su resentimiento desaparecía para dar paso a una dulce sensación de euforia y bienestar.

En aquel momento se detuvo junto al vehículo un coche de la policía internacional. Un soldado norteamericano, alto y de aspecto robusto, como un boxeador, cogió a Graymore del brazo y lo zarandeó bruscamente.

—¡Oiga, joven! ¿No se han dado cuenta de que se han estacionado ante un edificio del Ejército?

—¡Eh! ¿Cómo dice?

—¡Que ya se están largando de aquí, si no quieren pasar la noche en un lugar bastante menos agradable que éste!

Y haciendo chasquear los dedos hízoles un ademán significativo.

—Gracias —dijo Graymore sencillamente. Y poniendo el coche en marcha enfiló la desierta y silenciosa avenida.

El soldado francés que iba en el mismo «*jeep*» guiñó un ojo al yanqui.

—¿Qué te parecen esas vienesas, Brand? ¿No son chicas que quitan el hipo?

El yanqui emitió un silbido y con gesto significativo rascóse la nuca. Inmediatamente subió al vehículo y éste reanudó su ronda por las tristes y solitarias calles de la martirizada ciudad.

FIN

CUALQUIER MOMENTO ES BUENO...



...PARA LEER

El DDT

LA PUBLICACION MAS DIVERTIDA DE TODOS LOS TIEMPOS

SOLO CUESTA 2 PTS.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

Núm. 360 - María Teresa Sesé
FINAL DE DOS HISTORIAS

Núm. 361 - Mercedes Muntá
A LA DERIVA

Núm. 362 - Trini de Figueroa
CADENAS DEL CORAZÓN

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

Núm. 200 - Matilde Redón
CRUZ DEL SUR

Núm. 201 - María Lar
MADEMOISELLE MAMA

Núm. 202 - Carlos de Santander
SIN CORAZON

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

Núm. 301 - Fidel Prado
MUERTE, SOCIEDAD ANONIMA

Núm. 302 - Orland Garr
UNA HERENCIA EN EL OESTE

Núm. 303 - Raf Segrram
EL PUEBLO FANTASMA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

Núm. 165 - A. Ralcest
CERCO A DAMASCO

Núm. 166 - Kent Miller
SANGRE EN EL DANUBIO

Núm. 167 - Keith Luger
EL PINGÜINO ASESINO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

Núm. 256 - Luis Masata
RENACE EL AYER

Núm. 257 - Trini de Figueroa
SAGRADO MANDATO

Núm. 258 - M.ª Dolores D'Aracyl
VOLVERE A BUSCARTE

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

Núm. 86 - Vic Martin
AMOR ENCADENADO

Núm. 87 - M.ª Pilar Carré
EL PADRINO DE BODA

Núm. 88 - Sergio Duval
LA DAMA DEL DESIERTO

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION DETECTIVE

Núm. 43 - Alar Benet
MISION SUICIDA

Núm. 44 - Arnold Briggs
VENDETTA EN CHICAGO

Núm. 45 - Geo Dugan
SIETE SIRENAS

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

Núm. 39 - Marilyn
LO QUE TU IGNORAS

Núm. 40 - María Adela Durango
BURLA VENGADA

Núm. 41 - César de Monterrey
UN DESCONOCIDO

APARICION BIMENSUAL. PRECIO 5 PTAS.

Volúmenes recientemente aparecidos

Volúmenes de próxima aparición



Precio: 5 ptas.

Printed in Spain